

Tea 1-174-3, a1

100 1024

Saul.



1871

Madrid



SAUL.

TRAGEDIA BÍBLICA

EN CUATRO ACTOS

por la Excm. Señora

Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda

de Sabater.



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

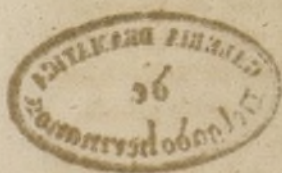
Mayo de 1849.

8471

TRAGEDIA

1849

Esta Tragedia pertenece á la Galeria Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de sus editores los *Sres. Delgado Hermanos*, quienes perseguirán ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscripcion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decretos Orgánico y Reglamentario de teatros de 7 de Febrero de 1849.



MADRID

IMPRESA DE DON JOSE MARIA REBELLE

1849

A S. M.

la Augusta Reina Madre

D.^a MARIA CRISTINA DE BORBON.

SEÑORA:

*D*ignese V. M. recibir benignamente esta tragedia bíblica que alcanzó la honra de ser leída por V. M., cuando acababa de salir desaliñada y defectuosa de mi incorrecta pluma.

Animada desde entonces por tan feliz principio, he procurado en cuanto me era posible hacerla menos indigna de la augusta aprobacion á que osaba aspirar, trabajando asiduamente en su correccion, y esforzándome por realzar las magníficas situaciones del argumento sagrado, hasta que, sin lisonjearme de haber elevado la presente obra á la perfeccion que merecia, quedé convencida de haber hecho con este objeto cuanto era dado á mi pobre talento.

El Teatro Español, felizmente inaugurado en el presente año por Real disposicion de la Escelsa Hija de V. M. la Reina nuestra Señora, natural protectora de la literatura nacional, se prepara hoy á pre-

sentar en la escena esta composicion religiosa con todo el decoro y la pompa que requiere su asunto, y yo suplico á V. M. se digne aceptar mi profundo reconocimiento por haberme dispensado la gracia de que salga á luz recomendada por su augusto nombre.

El Ser Omnipotente prospere dilatados años la importante vida de V. M. para aumento de gloria de nuestra Santa Religion, que V. M. ensalza y difunde con el ejemplo de su acrisolada piedad.

SEÑORA,

A. L. R. P. DE V. M.

*Gertrudis Gomez de Avellaneda
de Sabater.*

Madrid 22 de Mayo de 1849.

ADVERTENCIA Ó PRÓLOGO,

escrito por la autora con motivo de leerse su Tragedia en presencia de los distinguidos literatos de la Seccion de Literatura del Liceo de Madrid, en el año de 1846.

Señores Socios de la Seccion de Literatura del Liceo de Madrid, á que tengo la honra de pertenecer.

Antes de someter al fallo inapelable del público la tragedia bíblica titulada *Saul* (que teneis la amabilidad de venir á escuchar euando todavía incorrecta acaba de salir de mi pluma), he deseado ardientemente presentárosla y pedirós la franca manifestacion de vuestro juicio respecto á ella, como nueva señal de la benévola acogida que siempre habeis dispensado á mis humildes ensayos literarios, recompensados recientemente con la mas alta y honorífica distincion que puede ambicionar el poeta (1).

(1) La autora hace alusion á las dos coronas de laurel con que acompañó el Liceo de Madrid los premios obtenidos por ella en el certámen poético celebrado en 1845.

Mucho tiempo antes de que me resolviese á probar mis fuerzas en obras del género de la presente, y cuando todavía no me habia atrevido ni aun á dar publicidad á mis ensayos de poesia lírica, me detenia con frecuencia, leyendo las Santas Escrituras, en las interesantes páginas dedicadas al reinado del primer monarca israelita, pareciéndome magnifico personage para una tragedia aquel principe soberbio y desventurado, que no cesó de luchar hasta la muerte contra la mano omnipotente que se alzaba airada para hundirle con su naciente dinastía.

El orgullo que habia cerrado las puertas de la gloria á una inteligencia sublime; el orgullo que habia abierto las de los dominios del hombre á la inexorable muerte; el orgullo era aquel *espíritu maligno* posesionado del alma de Saul, y ninguna pasion me parece mas fuerte, mas infausta, mas capaz de escitar los afectos de terror y de piedad que exige la tragedia.

Asi lo creía mientras estudiaba, sin atreverme á tratarlo, este gran argumento biblico, y adquiri de ello absoluta certeza cuando una feliz casualidad hizo mas tarde que llegasen á mis manos el bellissimo *Saul* de Alfieri, y otra tragedia de igual título debida á la pluma de Mr. Soumet. Sin tratar de establecer cotejo entre estas dos producciones, porque nada hay indudablemente que pueda ser comparable á la sublime sencillez del poeta italiano en la obra maestra de su ingenio, admiré en la del autor francés bellezas muy superiores á las que me prometia encontrar en vista de la escasa celebridad de que goza. La grandeza del asunto ele-

vaba al poeta mas allá de su propio talento, y tan notable juzgué su composicion, á pesar de sus numerosos defectos, que comencé á traducirla en verso castellano proponiéndome darla al teatro, no obstante el clamor general que se levantaba entonces de todas partes contra el género que ha inmortalizado á tantos grandes ingenios, pero que posteriormente se ha hundido para siempre, si hemos de dar fé á la absoluta decision de esta nuestra época mercantil y política.

Confieso que no me arredraba gran cosa aquel fallo, por mucho que lo respetase; mas mi imaginacion se sujetaba dificilmente al trabajo casi mecánico de la traduccion, y bien pronto fue abandonada tan ingrata labor para emprender la de presentar al público una tragedia original. *Alonso Munio* vió en efecto la luz; poco despues el *Principe de Viana*; y hasta *Egilona* dormia ya en mi papelera antes de que me hubiese determinado á fijar de nuevo mi atencion en el argumento bíblico. Sin embargo, pensaba en él incesantemente, y las instancias de algunos amigos á quienes habia leído mi comenzada traduccion, me animaron por fin no á terminarla, sino á escribir otra tragedia sobre aquel asunto grandioso, aprovechando algunas de las bellezas de las dos que tenia á la vista, y evitando, en cuanto me fuera posible, los inconvenientes que para su ejecucion en el teatro habia notado en entrambas.

Vosotros vais á juzgar la obra escrita con aquel objeto, Señores Socios de la Seccion de literatura, y antes de que me ilustreis con vuestro respetable voto, creo que debo manifestaros cuál es mi propia

opinion respecto á ella, ó por mejor decir, la estension de mis pretensiones al escribirla.

La presente composicion dramática no es en mi concepto una de aquellas destinadas á conseguir ruidosa popularidad: cualesquiera que sean las grandes dificultades vencidas; la riqueza que pueda prestarse á su versificacion; la belleza del argumento; el interes de muchas de sus situaciones; y aun diré la dignidad y elevacion de los caracteres de sus personajes (porque no soy quien los ha creado), cualquiera que sea, repito, el mérito que pueda tener esta tragedia, su éxito en la escena no será acaso tan lisonjero como el de mis anteriores, aunque yo la juzgue mucho mas digna de obtenerlo.

Mi *Saul* no es una creacion: es un drama real, severo, religioso, en el que no representa sino un papel secundario la pasion del amor; en el que no se hacinan peripecias violentas, ni se ostentan adornos postizos escludidos por la gravedad de su argumento: es un drama, en fin, *sin alteracion considerable de la verdad histórica*. No sé si con acierto ó sin él, me he apartado de la sencillez del plan adoptado por Alfieri, y de su rigurosa sujecion de las reglas clásicas. Comprendiendo bien que no me era dable igualarle en magestad, quise por lo menos prestar á mi obra mas movimiento, mas *drama*, por decirlo asi. Alfieri emplea los cinco actos de su bella tragedia solo en poner en accion á Saul durante las últimas horas de su vida; privándose de este modo, por su escesivo respeto á la unidad de tiempo y de lugar, de algunas situaciones muy bellas que le brindaba la historia de

su pro
salvar
se vió
meter
ve tien
horacia
pos y
pone e
dene e
tándos
blia, c
curad
te el
unida
Mi
dos ol
to á c
da de
el mo
ria y
bacio
la su
mage
N
pren
estud
nuid
años
sin e
al co
Pued
samo
máti

su protagonista. Soumet por su parte, queriendo salvar este inconveniente sin infringir el precepto, se vió forzado á alterar á veces los hechos y á cometer anacronismos, á fin de aglomerar en el breve tiempo y espacio que le concedian las reglas horacianas, sucesos que la historia coloca en tiempos y sitios muy apartados de aquellos en que los pone el poeta. No seré yo ciertamente quien condene estas libertades que creo permitidas; mas tratándose de un asunto tomado de la Sagrada Biblia, cuya verdad deseaba no desfigurar, he procurado evitarlas, y ensanchado acaso escesivamente el plan, renuncié á la severa observancia de las unidades.

Mi *Saul* pues, se diferencia notablemente de las dos obras de igual título que tengo citadas, en cuanto á que abraza un periodo mucho mayor de la vida del protagonista comun, á quien yo tomo desde el momento en que llegando al apogeo de su gloria y de su orgullo, atrae sobre su cabeza la reprobacion divina, y no lo dejo sino cuando sucumbe á la suprema voluntad, que cumple sus designios con magestuosa calma y por maravillosas vias.

No me he curado á la verdad de hacer comprender los años que transcurren, y aun he hecho estudio en que los intervalos aparezcan tan disminuidos que mas bien se tomen por dias que por años los comprendidos en la tragedia; mas creo, sin embargo, no haber vencido escasas dificultades al conservar el orden cronológico de los hechos. Puedo decir pues, que mi tragedia es mas rigurosamente histórica que la de Soumet, y mas dramática que la de Alfieri; ¿pero habré podido darle

estas ventajas sin perder otras considerables y acaso superiores?...

No me toca á mí decidirlo; diré únicamente que lo he deseado, y que admirando los dos bellos modelos de que me veía precisada á separarme con frecuencia, pero comprendiendo que era imposible hacer una tragedia que mereciera en todo rigor el título de *original*, fundándose en asunto tan conocido, como por su naturaleza inalterable, no me he apartado tanto que no pudiese cobrar moderadamente tributo alguna vez de los tesoros de ambas.

Después de estas manifestaciones no necesito deciros, Señores Socios del Liceo, que á pesar de la desconfianza que he espresado respecto al éxito de mi obra cuando aparezca en la escena, y aun cuando no llegue jamás á alcanzar los honores de ella (porque no se me oculta el pavor que debe producir en las empresas una *tragedia biblica*), siempre juzgaré mi trabajo suficientemente recompensado, y quedará satisfecha mi ambicion, si vosotros la conceptuais merecedora del lisonjero interes con que os habeis apresurado á acudir á su lectura.

Madrid Marzo de 1846.

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

NOTA. La autora, que ha conservado tres años esta tragedia sin hacerla imprimir ni ejecutar, no obstante el favorable voto que obtuvo de los señores literatos del Liceo, la ha corregido, y aun mejor diremos refundido, en 1849, para presentarla al Teatro Español inaugurado en dicho año. El Saul, que antes constaba de cinco actos, ha quedado reducido á cuatro, pues la autora ha creído menos peligroso suprimir algunas escenas aun considerándolas buenas, que llevar al teatro su obra con la demasiada estension que la diera en su principio. Dócil en esta parte al consejo de sus amigos, no lo ha sido empero en lo tocante á la muerte de Samuel y aparicion de su sombra, que algunas personas, cuya opinion respeta, han creído atrevidas para la ejecucion. Arrostrando el riesgo que puedan originar ambas situaciones, la autora las conserva intactas, y está pronta á dar las razones que para ello ha tenido, si la sana crítica se las demanda.

La unánime aprobacion que esta obra ha obtenido de los Señores que componen la Junta censora del Teatro Español, acaba de confirmarla en la opinion que habia formado de que ni las dos mencionadas escenas, ni alguna otra igualmente delicada que haya en su Saul, pueden arriesgar su éxito en la representacion, mayormente cuando cuenta en su seno el teatro que se encarga de ella tantos artistas de indisputable mérito, y de cuya amabilidad se promete la inmensa ventaja de que todos los papeles principales de la tragedia sean desempeñados por primeros actores.

PERSONAGES.

SAUL, *rey de Israel.*

JONATHÁS }
MICOL.... } *hijos de Saul.*

DAVID.

SAMUEL, *profeta.*

ACHIMELECH, *sumo sacerdote.*

LA PITONISA DE ENDOR.

ABNER, *caudillo de Israel.*

SELA, *virgen de Israel.*

UN LABRADOR DE RAMA.

UN ANCIANO DE ISRAEL.

UN GEFE DE TRIBU.

UN GUERRERO.

AGAG, *rey de Amalec: personaje mudo.*

SACERDOTES, LEVITAS, GUERREROS, VIRGENES Y PUEBLO.

El teatro
se ve e
Es el
empies

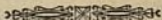
(Sam
el telon
umbral
de todas

Samuel.

Achim.
tras l

Emp.^{2a} medio oscuro
y va aclarando.

Acto primero.



El teatro representa una plaza de la ciudad de Gálgala: se ve el Tabernáculo, cuyas puertas estan abiertas. Es el momento en que los primeros albores del alba empiezan á disipar las sombras de la noche.

ESCENA PRIMERA.

SAMUEL. ACHIMELECH.

(Samuel sale á la escena inmediatamente que se alza el telon y se adelanta hácia el Tabernáculo, en cuyo umbral aparece al mismo tiempo Achimelech, ornado de todas las insignias pontificales.)

Samuel. ¿Por qué, si apenas las nocturnas sombras la tibia aurora á disipar comienza, del templo del Señor patentes veo con pompa grave las sagradas puertas?
¿Por qué del pueblo las alegres voces en las plazas de Gálgala resuenan, y del Efod augusto revestido el sumo sacerdote aqui se encuentra?

Achim. *(Que ha descendido lentamente á la plaza mientras habla Samuel.)*

¿Es posible que ignore todavía la gloria de Sion su gran profeta?
¿No sabes ¡oh Samuel! que vencedores del fiero Amalecita en la pelea, á ofrecer al Señor víctimas puras los hijos de Israel aqui se acercan?

El rey Saul obedeció al acento
 con que de Dios la voluntad suprema
 tu labio le anunció: cual ordenaste,
 al idólatra audaz llevó la guerra,
 y del terrible Agag su fuerte brazo
 la indómita cerviz postró en la arena.

Samuel. Contra ese monstruo y su nefanda estirpe
 Jehovah pronunció su alta sentencia.

Yo su voz escuché:—«Samuel, me dijo,
 bien cual del campo ponzoñosa yerba,
 la raza Amalecita, que me ultraja,
 del suelo que oprimió desaparezca.

Cumpla mi pueblo la sentencia justa,
 yo la victoria fijaré en su diestra,
 y ante él serán las huestes enemigas
 lo que ante al sol las lóbregas tinieblas.

¡Mas ay de aquel que con su mano toque
 del maldecido la letal riqueza!...

¡Ay del que llegue á las divinas aras
 con holocaustos que su Dios condena!...

Ni escasa gota de la impura sangre
 en vuestras manos conserveis impresa;
 no traigais á Israel ni el leve polvo
 que vuestros pies tomaren en sus tierras!

Así habló Jehovah, y así mis labios
 lo espesaron al rey.

Achim. De su obediencia
 victorias mil alcanzará por premio,
 que es grande de Saul la fortaleza
 y grande la virtud.

Samuel. ¡Dios solo juzga!

¡Dios, que del alma en lo interior penetra!

Achim. A esperar al ejército triunfante
 el pueblo aquí regocijado llega,
 y de Sion las Virgenes, con flores
 que el alba pura salpicó de perlas,
 vienen á ornar el pórtico sagrado
 para la augusta y religiosa fiesta.
 Hacia el santuario mis pisadas sigue,
 profeta del Señor, que ya la ofrenda
 preparan sacerdotes y levitas,
 y se aproxima el punto de ofrecerla.

Samuel.

Achim.

Samuel.

Achim.

Samuel.

Achim.

Micol.

Sela.

Samuel. (Con tono solemne.)

¡Mas no es llegado, Achimelech, mi tiempo!
 ¡La voluntad de Dios de aquí me aleja!...
 ¡Ay del que mira aparecer el día
 y en lobreguez su corazón conserva!

Achim. ¿Qué anuncian ¡oh Samuel! esos acentos
 que logran perturbar mi alma serena?
 ¿Algún delito existe que á tu oído
 la voz de Jehovah solo revela?

Samuel. (Con emoción grave y dolorosa.)

Llega, ¡oh Achimelech! llega á las aras,
 y al Rey de Reyes prosternado ruega
 por el triste Saul.

Achim. ¿Ha muerto acaso?
 ¿ha muerto nuestro rey?

Samuel. ¡Dichoso fuera
 si antes de coronarle la victoria
 bajado hubiese á la callada huesa! (Se va.)

Achim. Rápida huyó del pecho la alegría,
 y présago de mal se oprime y tiembla,
 ¡Omnipotente Dios! que tu justicia
 temple benigna tu piedad inmensa.
 No juzgues cen rigor tu hechura frágil...
 ¿Quién es puro, Señor, en tu presencia?
 (Entra en el Tabernáculo.)

ESCENA II.

MICOL. SELA. VÍRGENES DE ISRAEL.

Micol. ¡Virgenes de Sion! vuestros cantares,
 saludando del sol la luz primera,
 del sueño me arrancaron; mas decidme:
 ¿es cierta la que dais felice nueva?

Sela. ¿venció Israel al fiero Amalecita?
 Mira, hija de Saul, ¿no ves abierta
 la casa del Señor? ¿A tus oídos
 no llegan esas voces con que muestra
 su regocijo el pueblo? De tu padre
 el nombre claro por los aires vuela,
 y divulgan los ecos las hazañas
 que de tu hermano Jonathás se cuentan.

- Su brazo juvenil y arco certero
 fuertes hizo el Señor, y sus saetas
 el angel de la muerte con su soplo
 rápidas guía al corazón derechas.
- Micol.* Bendigamos á Dios, ¡oh amigas mías!
Sela. El bendijo á Saul: su descendencia
 será, cara Micol, tan numerosa
 cual son en el desierto las arenas,
 y crecerá tan próspera y lozana
 como la tierna grama en la pradera,
 cuando del cielo la benigna lluvia
 con puro aljofar sus verdores riega.
- Micol.* Cantemos, pues, al Dios de nuestros padres;
 publiquen sus bondades nuestras lenguas,
 y en alas suban de las leves auras
 himnos de amor á la celeste esfera.
- (*Las Virgenes con Micol se acercan al Tabernáculo, y
 mientras unas templan los instrumentos, otras adornan
 el pórtico con guirnaldas de flores. El pueblo desem-
 boca al mismo tiempo en la plaza.*)

ESCENA III.

MICOL. VIRGENES. PUEBLO.

Gefe de tribu. Fausto amanece y delicioso el día!
 Las Virgenes mirad que alegres templan
 la cítara y salterio: nuestras voces
 unánimes á su acento, mientras llegan
 los nobles vencedores y á las aras,
 holocaustos pacíficos se llevan.

HIMNO.

Coro general. ¡No hay otro Dios que nuestro Dios!
 ¡Dios es el Dios de la verdad!
 ¡Dios es el rey del mar y el sol!
 ¡En cielo y tierra es Jehovah! (1)

(1) Jehovah significa, *El que Es.*

- Pueblo.* A Dios obedecen el rayo y el viento :
lo anuncian los astros , proclámalo el mar :
¡ con un leve soplo pudiera su aliento
hacer de la tierra los ejes temblar !
- Virgen.* Dios es el que vierte la lluvia y rocío :
quien viste los campos de alegre verdor :
quien da los cristales sonoros al río ,
al aura murmullo , perfume á la flor .
- Corogen.* ¡ No hay otro Dios , etc .
- Pueblo.* Querubes ardientes postrados se humillan
en torno del solio del Dios de Moisés ,
y son las estrellas , que trémulas brillan ,
las áureas arenas que huellan sus pies .
- Virgen.* De Dios al mandato la luz resplandece ;
el sol como en sombra nos muestra su faz ;
la plácida luna de amor palidece
bebiendo en sus ojos destellos de paz .
- Corogen.* ¡ No hay otro Dios , etc .
- Pueblo.* ¡ Ay ! ¡ ay de aquel pueblo que insano se atreva
á alzarse enemigo del pueblo de Dios !...
¡ Será como el humo que el viento se lleva
ni leve vestigio dejándose en pós !
- Virgen.* ¡ Glorioso entre todos los pueblos se ostenta
aquel venturoso que Dios escogió !
¡ Lo escuda la mano que al orbe sustenta ,
y el angel de muerte su espada le dió !
- Corogen.* ¡ No hay otro Dios , etc .
- Micol.* Suspendamos el canto , los guerreros
con silencioso júbilo se acercan .

ESCENA IV.

DICHOS. SAUL. JONATHÁS. GUERREROS. AGAG, rey de Amalec, cargado de cadenas.

Saul. ¡ Salud, pueblo de Gálgala ! si un día
escarneció Amalec nuestra flaqueza ,
postrado ya por nuestro esfuerzo yace
cual roble que descuaja la tormenta ,
y débil eco , que en el aire espira ,
hará el Señor que su memoria sea !

Voces del pueb. Gloria, gloria á Israel !

Saul.

El filisteo,

no escarmentando en la desdicha agena,
al campo mismo donde á Agag vencimos,
nos llega á provocar con insolencia;
pero muy presto humillará su orgullo
el vengador impulso de mi diestra,
y dejará mi lanza sus ciudades
cual deja el pedernal trilladas eras.
¡Llegad, guerreros! al altar sagrado
corderos presentad, blancas ovejas,
y en cada gota de su hirviendo sangre
germen fecundo beberá la tierra!

(Los guerreros se adelantan, y los sacerdotes y levitas,
al frente de los cuales está Achimelech, aparecen al
mismo instante en la puerta del Tabernáculo.)

ESCENA V.

*Do
p. escusa
ca*

LOS MISMOS. ACHIMELECH. SACERDOTES. LEVITAS. (El día
comienza á nublarse.)

Achim. ¡Guerreros, aguardad! sin mi mandato
nadie el umbral de la sagrada puerta
se atreva á hollar con temeraria planta.

Saul. ¡Oh Achimelech! las víctimas acepta
que al altar conducimos: que tu mano
al Dios de nuestros padres las ofrezca.

Achim. ¿Es digno del Señor ese holocausto?
¿Con manos puras á las aras llegas?

Saul. Llego con manos vencedoras; llego
cargado del botín que en justa guerra
mi brazo conquistó, y á Dios tributo
lo mas selecto de la rica presa.

Achim. ¡Qué escucho, rey! ¿despojos del impío
conduces á Sion? ¿Dones de afrenta
al ara augusta destinar osaste?
¿La voluntad de Dios por su profeta
no te fué revelada? ¿No sabias
que fulminó el Eterno su anatema
á los campos del réprobo, y sus bienes
contagiados estan? ¿no sabes...

Saul. (Con impaciencia.)

¡Cesa!

Al anciano Samuel, cual varon justo
y amado del Señor, mi alma venera,
mas los guerreros tras la cruda lucha
pidieron el botin por recompensa,
y rehusar un premio à sus fatigas
fuera en un rey humillacion y mengua.
Si las primicias destiné à las aras,
y hoy, sacerdote, aqui te las presenta
mi propia mano, tus deberes cumple
y déjale el juzgar à mi conciencia.

Achim. ¡Dios es, ¡oh rey! Dios es el que te juzga!

¡El tu holocausto por mi voz desecha!

¿Piensas que mas que sumision y afecto
la sangre de las victimas aprecia?...

¿Presumes que los dones de tu mano
ocultarán de tu alma la soberbia?

Saul. (*Con imperio.*)

¡Ya basta, Achimelech! El pueblo aguarda

y el ara Augusta el sacrificio espera:

pues el Señor me concedió victoria

legitimos trofeos no me niega,

y cuando me eligió para su unguido

dióme en mi reino potestad suprema.

Si gozo las riquezas del malvado,

al altar traigo victimas selectas;

si al rey vencido conservé la vida,

héle allí ¡sacerdote! entre cadenas;

cual miserable siervo condenado

à ser del pueblo execracion y befa.

Achim. ¡Qué miro, eterno Dios! ¿vive el impio,

azote de Israel? ¿Vive y alienta

aqui à las puertas del Augusto templo

del Dios à quien insulta en la presencia?

¿Es ese Agag el réprobo nefando

en cuyos labios mora la blasfemia,

y va dejando el sello de su crimen

donde la planta ensangrentada asienta?

¡Oh atroz profanacion! ¡oh sacrilegio!

¡Sacerdotes! ¡huyamos! las cavernas

mas digno templo ofrecerán al culto;

¡altar mas puro nos darán las piedras!

Saul. ¡Aguarda, yo lo mando!

:

Achim. (Dejando la escena.) Lo prohíbe
aquel á quien ofendes.

Saul. ¡De esas puertas
no traspaseis, levitas, los umbrales!
¡Las ofrendas tomad!

Un levita. (Que con todos los otros sigue á Achimelech.)
¡Dios nos lo veda!

ESCENA VI.

LOS MISMOS, menos SACERDOTES y LEVITAS.

Saul. ¡Guerreros, detenedlos!

Jonat. (Adelantándose á los guerreros.)
¡Nadie toque
los ungidos de Dios! ¡nadie se atreva!

Saul. (Furioso.)
¡Jonathas! ¡tú tambien! ¿tú mis mandatos
osas contradecir?

Jonat. (Con respetuosa firmeza.)
¡Señor! te ciega
frenético furor, y deber juzgo
esponerme yo mismo á su violencia
antes que á ti, por sumision culpable,
de atroz esceso á la afrentosa mengua.

Anciano. ¡Oh escándalo! ¡oh dolor! ¡miserio pueblo!
¿qué esperas, di, si tu Señor se ausenta
de ese santuario, do á pedir llegabas
remedio á tus quebrantos y miserias?

Gefe de tribu. ¡Alejémonos todos, que la ira
del santo de Israel no será lenta!

(Gran agitacion en el pueblo y entre los guerreros. El
pueblo comienza á alejarse.)

Un guer. ¿E iremos á buscar al filisteo
sin que el Señor reciba las ofrendas?

Saul. No sin ofrendas quedarán las aras;
no temais que el Señor nos reconvenga
como á siervos ingratos. ¡Volved, pueblo!
¡Guerreros, disipad vuestras sospechas!
yo el sacrificio ofreceré; pues viles
los ministros de Dios, su templo dejan,
yo, sacerdote y rey á un tiempo mismo,

inmolaré las víctimas.

Jonat.

¡Qué intentas!

(Saul, apartando á su hijo que quiere detenerle, entra en el templo con Abner y los guerreros que llevan las ofrendas. El pueblo y las Virgenes consternadas se agrupan á un lado de la escena; los guerreros estan en el otro, y Jonathás y Micol en medio. La oscuridad va creciendo y comienzan á oirse truenos lejanos.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos SAUL, ABNER y algunos GUERREROS.

Gefe de tribu. ¿Él va á inmolar las víctimas, no siendo ni sacerdote ni levita? ¿piensa así aplacar á Dios?

Jonat.

El rey, ¡oh hermana!

¿en qué delirio está?

Micol.

¡Mi pecho tiembla!

Gefe de tribu. ¡Mirad, mirad! ¡se nubla el firmamento!

Sela. ¡Anuncia todo próxima tormenta!

Jonat. ¡Cara Micol! ¡cuán fúnebres presagios!

Anciano. Triste es la aurora ¡oh pueblo! como aquella en que de Afec en la fatal campiña derrotadas las tribus de Judea, al filisteo idólatra dejaron el arca santa del Señor por presa.

Micol.

¡Oh! ¡qué recuerdo á la memoria traes, anciano de Sion! ¡mi sangre hielas!

Gefe de tribu. Ya vuelve el rey; ¡miradle! torvo, altivo se muestra su semblante.

Sela.

Se revela

en su mirada la inquietud del alma.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. SAUL. ABNER y GUERREROS que le acompañaron.

Saul.

¡Habitantes de Gálgala! ya quedan inmoladas las víctimas: las aras ya recibieron la abundante ofrenda.

El temor deponed y en nuevos cantos
 celebrad del Señor la gloria escelsa;
 mientras con brazo y corazón de bronce
 combatiendo las huestes filisteas,
 voy á probaros con mayores triunfos
 la protección que el cielo me dispensa.
 ¡Guerreros de Israel! seguid mis pasos:
 ¡el botín, la victoria nos espera!

ESCENA IX.

DICHOS. SAMUEL.

Samuel. (Dentro.)
 ¡Detente, rey!

Micol. ¡Oh cielo!

Saul. (Deteniéndose.) ¡Quién me nombra?

Sela. ¡Es Samuel!

Jonat. ¡Es Samuel!

El anciano y el gefe de tribu. ¡Es el profeta!

(Un relámpago ilumina la escena al aparecer Samuel, que se adelanta grave y lentamente hácia Saul por medio del pueblo, que le abre paso con respetuoso silencio.)

Samuel. ¡Escucha, rey! que te habla por mi labio
 la eterna voz que rige las esferas:
 aquella voz que fecundó á la nada
 y que encendió la luz al decir ¡sea!
 ¡Escucha, rey, lo que llegó á mi oído
 entre las sombras de la noche densa!
 escucha y baja la orgullosa frente
 contrito el corazón, muda la lengua.
 (El pueblo todo se inclina aterrado.)
 Cuando te alzó la mano soberana
 sobre las tribus de Jacob, ¿quién eras?
 ¿quién eras, di, mortal envanecido,
 que hoy de tu Dios los mandamientos huellas?
 Pobre y oscuro te sacó del polvo
 eiñéndote de un reino la diadema:
 ¡sé mi imagen! te dijo: yo á ese pueblo
 por modelo te ofrezco: ¡manda! ¡reina!
 inspira la virtud con tus virtudes,

con tu obediencia la obediencia enseña,
¡que han de imitar mi perfeccion divina
los que en la tierra mi poder ejerzan!
¡Cómo lo cumples, rey!... rebelde, impio,
te apropias del maldito las riquezas,
del sacerdocio abates los derechos,
profanas el altar, tu impura diestra
osa inmolar las víctimas nefandas
que la suprema voluntad reprueba.

Pues bien, yo te diré lo que pronuncia
el que en la cumbre de los cielos reina.
«¡El que te alzó del polvo con un soplo,
con otro soplo hará que al polvo vuelvas!»

Saul.

¡Calla, anciano cruel! mi gloria en vano
tu loco acento en deslustrar se empeña.

Samuel. *(Después del segundo verso se acerca al rey
Agag y lo arranca de en medio de los guerreros cons-
ternados.)*

¿Ves ese sol nublado en el oriente?
¡Tu decantada gloria así se vela!
Y cual te arranco el prisionero infame
que por indigna vanidad conservas,
otro verás aparecer muy pronto
que de tu sien arranque la diadema.

(Va á salir.)

Saul.

¡Samuel! ¡escucha! ¡tente!

Samuel.

No; ¡por siempre

á Dios, Saul!

Saul.

¡Detente! ó por la fuerza
te detendrá mi brazo.

*(Saul ase del brazo á Samuel, y huyéndole este quedan
en la mano del otro las borlas del manto.)*

Samuel.

Como arrancas
aquesas borlas que en tu mano quedan,
así el Señor te arrancará ese cetro
que otro mejor que tú verá en su diestra,
sin que después de su preclara estirpe
salga jamás la bendecida herencia.

(Se va con Agag por medio del aterrado pueblo.)

*pro total
oscuro*

*total
oscuro*

ESCENA X.

LOS MISMOS, menos SAMUEL y AGAG.

Sela. ¡Cuán terrible, gran Dios, es tu justicia!

Anciano. ¡Las grandezas humanas cuán pequeñas son ante Jehovah!

Gefe de tribu. ¡Rey desdichado!
¡ved cuál la mano del Señor lo aterra!

(*El pueblo se va dispersando; algunos grupos quedan sin embargo en el átrio del templo.*)

Abner. (*A Saul.*)

¿Así calla Saul? ¿así se abate
cual tierno infante ó desvalida hembra,
cuando en el campo de batalla acusa
el enemigo su fatal pereza?

¿En qué piensas? ¡oh rey! ¿de un viejo iluso
acoge tu razon sándias quimeras?

¿Cuando Israel su salvacion te fia
fatídicos anuncios te amedrentan?

Saul. ¡No el miedo, Abner, la cólera me oprime!

¡Cual si temiese contagiosa lepra
ve cuál se aparta de su rey el pueblo!

Abner. Mas tus guerreros no; ¡con impaciencia
el combate te piden, la victoria!

Saul. (*Preocupado.*)

« ¡Cual se nubla del sol la lumbre bella,
asi se eclipsa de tu gloria el astro! »

Abner. ¡Tales presagios tu valor desmienta!

Saul. ¿Es mi enemigo Dios, ó lo es el hombre?...

¡Dame aclarar las sombras que me cercan!

Jonat. Humillate al Señor, ¡oh padre mio!
desarme su rigor tu penitencia.

Micol. (*Timidamente.*)

Contigo ¡oh padre! rogaremos todos.

Saul. (*Con enojo.*)

¡Callad!

Jonat. ¡Rey de Israel! fausta ó adversa
tu suerte seguiremos.

Abner. ¡Vencedoras

legiones de Saul! á la contienda

hora va á conducirnos; ¡que su nombre

Alguna
Micol.

Saul.

(Sale co
Micol.

Jonat.

M

Micol.

Sela.
Ancian

Micol.

(Los r
sora
el c

grito de guerra y de victoria sea!
¡Gloria al rey!

Algunas voces.

¡Gloria al rey!

Micol.

Infausto día

amenaza á Israel. ¡Ay! ten clemencia
de tu pueblo, ¡gran Dios!

Saul.

(A los guerreros.) No mas publique
que inútilmente nos insulta y reta
el temerario idólatra. Marchemos
á castigar su audacia; y que do quiera
de nuestra gloria un enemigo exista
¡que rigurosos la vengamos sepa!

(Sale con Abner y guerreros; despues le sigue Jonathás.)

Micol.

(A Jonathás.)

El cielo te protega, hermano mio.

Jonat.

(Abrazándola con dolorosa emocion.)

¡Adorada Micol, con Dios te queda!

ESCENA XI.

MICOL. VIRGENES. *(Algunos grupos del pueblo.)*

Micol.

Si en mas dichoso tiempo, amigas caras,
á mi ternura respondió la vuestra;
si corazón teneis, si teneis padre,
consuelo dadme en mi aflicción acerba;
y uniendo vuestro acento con mi acento,
y uniendo con mi pena vuestra pena,
rogando por Saul demos al aire
voz de dolor y canto de tristeza.

Sela.

Todas, Micol, contigo rogaremos.

Anciano.

¡Pueda llegar de Dios á la presencia
nuestra tímida voz, y la justicia
á sus piedades infinitas ceda!

Micol.

(Arrojando la cítara.)

¡A tan fúnebre canto mal se asocian
de este instrumento las doradas cuerdas!
¡al himno de dolor que el pecho exhala
acompaña bramando la tormenta!

*(Los relámpagos brillan con mas frecuencia; á lo lejos
sordos y dilatados truenos, que duran lo que dura
el canto.)*

Corogen. (Todos de rodillas en el atrio del templo.)

¡Apaga, ¡oh Dios! apaga
los rayos de tu ira ;
á todo un pueblo mira
pidiéndote piedad !

Virgen. ¿ Qué son ante tu trono
los tronos de la tierra?...
¡ Á un soplo los aterra
tu airada magestad !

Corogen. Apaga, etc.

Virgen. Mitiga tu justicia
y sé cual padre blando,
que ostenta perdonando
su dulce potestad.

Corogen. ¡Apaga, ¡oh Dios! apaga
los rayos de tu ira ;
á todo un pueblo mira
pidiéndote piedad !

FIN DEL ACTO PRIMERO.

*El teatro
llan a
ocupa
colinas
fondo,*

Jonat.

Micol.

Jonat.

Micol.

Jonat.

Micol.

Acto segundo.



El teatro representa el valle de Terebinto, donde se hallan acampados los israelitas. La tienda de Saul ocupa la derecha del espectador. Es de mañana, y las colinas, que en forma de anfiteatro se estienden al fondo, aparecen iluminadas por el sol.

ESCENA PRIMERA.

JONATHÁS. MICOL.

Jonat. ¿Es posible, Micol, al campamento has osado venir?

Micol. Nada he temido
¡oh caro Jonathás! sino que tarde
para prestar al desdichado ausilios
mi diligencia fuese. ¿Dónde se halla?
¿Cómo se encuentra, di?

Jonat. De mis avisos
la imprudencia conozco: en tu semblante
de tu acerbo dolor advierto indicios.

Micol. Pero mi padre...

Jonat. Su dolencia cede:
alli en su tienda está: tal vez tranquilo
descansa en este instante: tu zozobra
procura, pues, calmar.

Micol. Mas el delirio
que tantas horas padeció, ¿qué causa
piensas que tuvo, hermano? No concibo
turbacion tan estraña: ¿de la guerra
un pequeño revés su ánimo invicto

- pudo postrar así?
- Jonat.* Ya con ventajas
el daño que nos hizo el enemigo
reparado estuviera, si en el campo
no esparciera, Micol, grave conflicto
la situación del rey. No, no es creíble
que en su gran corazón pavor indigno
una leve desgracia causar pueda.
- Micol.* ¿A qué otra pues podrás atribuirlo?
- Jonat.* ¡Una mano ¡oh hermana! omnipotente,
es la que postra su valor altivo!
¡Pesa sobre su frente el anatema,
y de Samuel se cumple el vaticinio!
¡Me haces temblar!
- Micol.* Calmarte pretendía;
Jonat. mas ves que á mi pesar tiemblo yo mismo.
Micol. Presumes pues...
Jonat. ¡Que la desdicha es grande
del misero Saul! Cual ciervo herido,
que el dardo agudo en sus entrañas lleva
y lo hunde mas queriendo sacudirlo,
se esfuerza en vano por lanzar del pecho
su secreto terror. ¡Ah! yo le sigo
cuando acosado por afán profundo
sudoso trepa los breñosos riscos,
penetra por cavernas solitarias,
huella los bordes de hondos precipicios,
y arranca del silencio de los montes
medrosos ecos de sus roncós gritos.
También, volando de su lecho al lado
cuando logra alcanzar el sueño esquivo,
entre murmurios de sus labios secos
estos acentos trémulos distingo:
« ¡Cual ese sol se eclipsará tu gloria!
» ¡Cual esas borlas que en tu mano miro,
» el cetro de Israel que audaz ostentas,
» empuñará á tu vista otro mas digno! »
Y del lecho saltando de repente
le he visto amenazar despavorido,
cual si el objeto que su saña escita
fuese, Micol, aterrador vestiglo.
- Micol.* De ese mal tan extraño, quizás pueda

la violencia templar nuestro cariño.
 No solo Sela me acompaña, hermano,
 que al campamento con nosotras vino
 un jóven de Belen, cantor insigne.
 Su voz conmueve el alma á su albedrío;
 calma el furor, mitiga los pesares,
 y ahuyenta los espíritus malignos.
 Del rey, lo espero, las zozobras tristes
 ha de vencer su canto peregrino.
Jonat. Acojo tu esperanza: quiera el cielo...
 mas alguien llega... ¡el rey!

Micol.

No nos ha visto.

ESCENA II.

LOS MISMOS. SAUL.

Saul. ¡Qué pesadilla atroz!... ¡siempre esas voces
 han de sonar siniestras en mi oído!

Micol. (Llegándose á él.)
 ¡Padre del corazón!

Saul. ¡Cómo! ¡qué veo!
 ¡en el campo Micol!

Micol. Yo te suplico
 que indulgente perdones mi osadía.
 Sabiendo tu dolencia...

Saul. Mucho estimo
 tan estremada prueba de ternura;
 mas fueron tus temores excesivos.
 Una fiebre ligera... ya ha pasado:
 estoy bueno, Micol.

Micol. Mil gracias rindo
 por ello ¡oh padre! á nuestro Dios; mas deja
 que con llanto de dulce regocijo
 bañe tu mano.

Saul. (Abrazándola.) ¡Ven! que yo te abrace.
 Y tú, mi Jonathás, ¿por qué motivo
 ese semblante displicente muestras?

Jonat. Soy dichoso, señor, viendo tu alivio;
 mas no te oculto que rubor y enojo
 me causa el contemplar cuán decaído
 yace el marcial espíritu en tu campo

desde que tus guerreros son testigos del extraño pavor que te domina.
Saul. (Indignado.)
 ¡Pavor! ¡pavor Saul!... si otro que un hijo osára pronunciarlo...

Micol. No te alteres;
 no ha intentado ofenderte: no ha podido ser esa su intencion.

Jonat. De nuestra inercia hace escarnio, señor, el enemigo: perdona si al recuerdo del insulto mal el dolor del corazon reprimo. Un día y otro á provocarnos sale del campo del infame incircunciso el mas fuerte y audaz de los guerreros, y mil denuestos de su boca oimos. Reina empero el terror en nuestro campo, porque tú callas, ¡rey! y en vano aspiro á disipar recelos dolorosos, de que tal vez yo propio participo.

Saul. ¡Ay del momento en que sacuda el sueño el dormido leon! Si en Terebinto pensaron ver la tumba de mi gloria los que no ocultan su rencor dañino, con espanto sabrán que se engañaron cuando les pruebe que mi inercia ha sido la calma que precede á la tormenta. ¿Mas qué rumor se escucha?

Jonat. No adivino su origen, padre, mas saberlo debe Abner, que llega aqui.

ESCENA III.

DICHOS. ABNER.

(A mediados de la escena, cuando lo indica el diálogo, bajan de las colinas algunos guerreros, huyendo en desorden. David aparece al mismo tiempo por otro lado, y se mantiene detras, pero á la vista del espectador.)

Jonat. (Saliendo ul encuentro de Abner.)
 ¡Noble caudillo!

Abner. ¿qué alarma se difunde en nuestras tiendas?
El fiero Goliat con nuevos gritos
á nuestra gente insulta: nos provoca
llamándonos cobardes, y el impío
no encuentra en Israel un solo acento
que se alce á responder.

Jonat. (*A Saul.*) Dame permiso,
y tendrán hoy castigo sus bravatas.

Abner. Contra aquese gigante es desvario
presentarse á lidiar solo un guerrero;
yo aplaudo tu valor; ¡mas voy contigo!

Saul. ¡Teneos! ¡yo lo mando! de tu brazo,
de tu consejo, amigo, necesito
para ocasion mas grave: ni consiento
que pasto vil de infame incircunciso
de Jonathás la regia sangre sea.

Jonat. ¡Mira, señor, cuál corren á este sitio
pálidos tus guerreros!

Saul. (*A los guerreros.*) ¡Ah villanos!
¡Como mugeres ó indefensos niños
venis á guareceros de mi escudo,
guerreros de Sion! en sangre tintos,
que no de triste amarillez cubiertos,
os esperaba yo. ¿Será preciso
que por lavar vuestra vergüenza, salga
contra un bastardo á combatir yo mismo,
la magestad del trono deslustrando?
¿En dónde está vuestro valor antiguo?
¿No hay uno que entre tantos se presente
á escarmentar al filisteo altivo?
¡Os lo pregunta el rey!

Jonat. ¡Desventurados!

Saul. ¡Al honor sordos, al ultraje frios,
bajan los ojos y enmudecen, padre!
La gloria de Israel está en los filos
de los aceros que en la vaina duermen;
mas si el deber no basta á decidiros,
guerreros de Sion, escuchad todos
mi palabra real, y sed testigos
de la promesa pública y solemne
que por el nombre sacrosanto afirmo.
Juro que aquel que la cabeza postre

del fiero Goliat, cual hijo mio
 será acatado en Israel; la mano
 de la hermosa Micol por premio digno
 recibirá en el templo; de tributo
 será esenta su tribu, y en el brillo
 de su gloria y poder verán los pueblos
 cuánto ensalza Saul al heroismo.

¿Qué respondeis, guerreros?

Micol. (Ap.) ¡Dios piadoso!

Jonat. (Despues de un instante de silencio general.)

¡Ya lo ves, rey! ¡no sé cómo resisto
 á vergüenza tan grande!

Saul. ¡Qué! ¿ninguno

osa aqui responder?... ¡Os lo repito!

¿No hay quien anhele de la lucha fiera
 la escelsa gloria?

David. (Adelantándose con emocion hácia el rey.)

¡Yo!

Micol. (Ap.) ¡Cielos!

Saul. (A David.)

¿Qué has dicho?

David. (Con timidez, que va desapareciendo á medida
 que habla.)

Que castigar con tu permiso anhele
 al idólatra audaz, y aunque indeciso
 temiendo tu desprecio sofocaba
 la voz del corazón, ya no vacilo.

¿Ni cómo tolerar que un filisteo
 insulte al pueblo del Señor? castigo
 debe tener su empeño temerario,
 y en el auxilio del Eterno fio
 que dárselo sabré.

Saul. ¿Cuál es tu nombre,
 jóven valiente? ¡Dí! ¿Dónde has nacido?

¿Qué tribu, qué pais la dicha alcanza
 de poseer tu generoso brio?

David. Soy tu siervo David, pastor humilde
 en mi patria Belen, y octavo hijo
 del anciano Jessé.

Saul. ¿Cómo te encuentras
 en nuestro campamento?

David. (Turbado.)

¿Yo?... he venido...

Micol. Es famoso cantor; nunca una espada

su mano manejó: vino conmigo
para probar, señor, si tu dolencia
se mitigaba con sonoros himnos.

Saul. Tu habilidad celebro, bello jóven,
y tu valor y decision admiro:
grande aprecio mereces: ¿pero sabes
quién es aquel que retas atrevido?

Abner. Como descuella el corpulento cedro
en la cima del libano, le he visto
entre guerreros mil alzar su frente
donde grabó Belial odioso signo.

Saul. (A *David.*)

Y tú, tan jóven, cuyo débil brazo
una lanza jamas ha sostenido;
tú, si en los valles de Belen tan solo
los campos cultivar fué tu ejercicio,
y ensayar en el arpa tus cantares,
y llevar tus rebaños al aprisco,
¿piensas que puedes contrastar la fuerza
de aquel audaz idólatra aguerrido?

David. Cuando en los campos de Belen tu siervo
apacentaba sus rebaños, quiso
demostrar el Señor que solo es fuerte
aquel que alcanza su favor divino.
Así, gran rey, aconteció que un día
de espeso bosque en el fatal recinto,
un terrible león asaltó fiero
mis tímidas ovejas: sus balidos
fébiles resonaron, y en desorden
vilas huir del bárbaro enemigo,
que sacudiendo la melena espesa,
con feroz calma y con desden maligno,
ya aprisionaba en sus agudas garras
al mas humilde y débil corderillo.
Mas yo, débil tambien, de Dios el nombre
invoqué con fervor; volé al auxilio
de la victima inerme, y este brazo
se hizo tan fuerte por feliz prodigio,
que al soberbio animal postró en la tierra
envuelto en sangre, y el postrer rugido,
en que exhalaba su impotente rabia,
devolvieron los montes convecinos.

¡Asi tambien de un oso corpulento
salvé otra vez mi grey, y asi confio
hoy librar á Sion de la vergüenza
con que tolera al filisteo inicuo;
que sin troncharse la flexible caña
sufré el furor del huracan bravio,
cuando sucumben á su ardiente soplo
la encina vigorosa, el cedro altivo!

Saul. No sé qué oculta fuerza en tus razones,
hijas de ardiente fé, que absorto envidia,
confianza me infunden: ¡vé! ¡combate!
¡Yo en el nombre de un pueblo te bendigo!
¡De Gedeon el angel te proteja,
y escuche el cielo tu clamor benigno!

*(David se inclina con respeto, y lanzándose por medio
de los guerreros asombrados, sube por la colina y
desaparece durante los versos que siguen.)*

ESCENA IV.

LOS MISMOS, menos DAVID, y luego JONATHÁS, que le sigue cuando lo marca el diálogo.

Micol. ¡Deténle, hermano, que á la muerte corre!
Jonat. ¿Quién penetra del cielo los designios?

¿Quién limita de Dios la omnipotencia?

¡Corro á verle lidiar! *(Se va.)*

Saul. *(A los guerreros.)* En los peligros
que tímidos huís, con vuestros votos
al que los busca con valor invicto
al menos auxiliad. ¡Seguid sus pasos
invocando al Señor, y si es destino
de la triste Sion que en el combate
su defensor sucumba, yo prescribo
que noble, regio su sepulcro sea,
y ornado en torno de laurel y mirto!
(Entra en su tienda.)

ESCENA V.

MICOL. SELA. ABNER. GUERREROS.

Micol. No puedo mas... ¡yo muero!

Sela.
Micol.
Abner.
(Micol.
tra
ple
qu

Mic
Sela
Mic

Sel

Sela. (Saliendo presurosa.) ¡ Micol !
Micol. (Arrojándose en sus brazos.) ¡ Sela !
Abner. ¡ Clamad , guerreros , al Señor divino !
 (*Micol permanece desfallecida en brazos de Sela , mientras Abner y los guerreros , entonando la siguiente plegaria , van subiendo lentamente la colina hasta que desaparecen , y luego cesa de oírse su canto.*)

PLEGARIA DE LOS GUERREROS.

Tú que apartando las olas
 del rojo piélagos hinchado
 abriste á tu pueblo amado
 camino de salvacion ;
 y juntándolas hundiste
 allá en sus simas profundas
 á las huestes furibundas
 del tirano Faraon ;
 dirige , Señor , el brazo
 del pastor de Terebinto ,
 y caiga de sangre tinto
 el vil gigante á sus pies.
 Acoge el humilde ruego
 que eleva tu pueblo triste ,
 como en Oreb acogiste
 la plegaria de Moisés.
 Y haz que á la gente dañina
 que en contra tuya se armó ,
 tu pompa aterre divina ,
 como convirtió en ruina
 los muros de Jericó.

ESCENA VI.

MICOL. SELA.

Micol. ¡ Oh Sela ! ¡ le tragimos á la muerte !
Sela. ¡ Cálmate , amiga , por mi amor lo ruego !
Micol. ¿ Mas sabes á qué lid tan inhumana
 se arroja el infeliz ?
Sela. De aqui no lejos ,

:

todo, triste Micol, pude escucharlo.
Micol. ¡ Ah! ya el castigo á padecer comienzo
 de mi loca pasion.

Sela. Dichosa y santa
 debe ser pronto, pues por digno premio
 tu mano aguarda el vencedor glorioso.

Micol. ¿ Pero es dable vencer en tal empeño?

Sela. ¡ Pues qué! ¿ no lidia por la gloria escelsa
 del Dios omnipotente? Crimen creo
 poner en duda su favor divino.

Micol. Tú que sola conoces el secreto
 que en este triste corazon se esconde;
 tú que cual yo conservas el recuerdo
 de aquella aurora plácida y hermosa
 que á nuestros ojos se ofreció, concierto
 dando á la par de las sonoras aves
 del sol brillante al Hacedor supremo;
 tú que me viste pálida y turbada
 al eco celestial de sus acentos,
 dejar caer de la temblante mano
 las frescas rosas y los lirios bellos,
 que destinados á las aras santas
 á los pies de un mortal dejados fueron;
 dime por compasion: ¿ piensas de veras
 que confianza en el favor del cielo
 puedo, amiga, tener? ¿ Me juzgas digna
 de un milagro alcanzar tan estupendo?
 ¿ Si David por desgracia adivinando
 y sintiendo á su vez el tierno afecto
 que ha sabido inspirar, en esa lucha
 solo buscarse un galardón terreno!...
 ¿ si ofendido el Señor!...

Sela. No; nada iguala
 de ese pastor al religioso celo,
 y en el divino amor tanto se enciende,
 que dudo si á ti misma...

Micol. ¿ Te comprendo!
 ¿ Dudas que pueda amarme!... yo bendigo
 por ello al Criador. Renunciar puedo
 á esa ventura inmensa, si su brazo
 soberano le escuda en tanto riesgo.
 Sí; ¡ omnipotente Dios! ¡ toma mi vida,

y conserva á David para su pueblo!
 Pero nada se escucha... ¡cuán horrible,
 cuán doloroso ¡oh Sela! es el silencio!
 Sela. ¡Calla! á la puerta de su regia tienda
 aparece Saul.

Micol. Al lado opuesto
 está la de mi hermano. ¡Ven! ¡huyamos
 para ocultar mi afan fuerzas no tengo.

ESCENA VII.

SAUL.

(Sale pensativo, y se deja caer en un banco.)

« ¡ Cual ese sol se eclipsará tu gloria,
 » y otro verás aparecer muy presto
 » que la corona de tu frente arranque!
 » ¡ que te arrebate de la mano el cetro!
 ¿ Mas quién es? ¿ dónde está? ¿ por qué se oculta
 ese monarca por el cielo electo?
 ¿ El que desluzca de mi gloria el brillo,
 debe venir en el misterio envuelto?
 ¿ Será invisible la triunfante mano
 que me despoje de mi manto regio?
 ¿ Luchando, cual Jacob, contra una sombra,
 he de agotar mi varonil esfuerzo?

(Levántase con arrogancia.)

No tan tímido Dios vele sus obras:
 muéstrese mi enemigo: ¡ yo le reto!
 ¡ Venga con rostro descubierto al campo
 á disputarme valeroso el reino,
 y aunque le cubra soberano escudo,
 á defenderlo me hallará dispuesto!

ESCENA VIII.

SAUL. JONATHÁS.

Voces. *(Dentro.)*

¡ Victoria por Sion!
 Saul. Vitores oigo...

hacia aqui viene Jonathás. (A Jonathás.)

¿Qué es esto?

¿qué indican esas voces?

Jonat.

¡Padre mio,

triunfó David del enemigo!

Saul.

¡Es cierto!

¿Es cierto, Jonathás? ¿tan débil brazo
pudo alcanzar un triunfo tan escelso?

Jonat.

Del hecho portentoso el fausto anuncio
vuela do quier en jubilosos ecos.

Saul.

¿Mas cómo fué?

Jonat.

¡Señor! todos oimos

al idólatra audaz y gigantesco,

hacer á gritos insultante mofa

del jóven campeón del pueblo hebreo.

Todos, nuestra vergüenza devorando,

escuchamos sus bárbaros denuestos;

mas lo que entonces presenciarnos, padre,

dejó al punto los ánimos suspensos.

Sin coraza ni escudo, la cabeza

ornada solo del gentil cabello,

que en blandas ondas por sus sienas baja,

dejando el noble rostro descubierto,

al monstruo horrible se adelanta el jóven

con firme paso y ademan modesto.

Lo mide aquel con desdeñosa vista

haciendo alarde del bruñido peto

y la fulgente cota, que despiden

de los rayos del sol vivos reflejos;

mientras blandiendo ponderosa lanza

parece apenas percibir su peso.

Reina, señor, en uno y otro campo

en el momento aquel grave silencio;

solo se escucha del pastor ilustre

la religiosa invocacion, y luego

un ronco grito que el gigante arroja

al embestirle con feroz denuedo.

Mas al instante mismo, despedida

de la honda fué con brazo tan certero

enorme piedra, que silbando vuela

de su ancha frente á sepultarse en medio,

raudal brotando de espumosa sangre

que estiende ante su vista opaco velo,
 empapa sus guedejas encrespadas
 y baja hirviendo á humedecer el suelo.
 Furioso el monstruo cual herido tigre
 ruge, y en vano agota sus esfuerzos
 sediento de venganza : bambolea
 y se desploma el formidable cuerpo,
 como la encina descuajada cae
 al rudo impulso de huracan violento,
 y nuestro grito de victoria ahoga
 el postrimer gemido de su pecho.

Saul. No hay duda, Jonathás; la gloria es grande
 de un hecho tan insigne. Absorto veo
 la milagrosa proteccion que alcanza
 ese jóven pastor.

Jonat. Lo guarda el cielo
 acaso ¡oh rey! para destinós altos.
 Mas Abner llega del feliz suceso
 á darte el parabien.

ESCENA IX.

DICHOS. ABNER.

Abner. Gracia divina
 hoy alcanzas, Saul. El filisteo,
 por el terrible golpe consternado,
 que le arrebató su mejor guerrero,
 abandona su campo y en desorden
 se refugia á los montes. Yo precedo
 al vencedor ilustre, que á tus plantas
 viene á rendir tus inclitos trofeos,
 y te suplico le concedas tropas
 para que al punto marche persiguiendo
 al aterrado ejército, y alcance
 con su esterminio ¡oh rey! triunfo completo.

Jonat. ¡Héle aquí ya!
Saul. (A *Abner.*) Como lo pides sea.
 (Se va *Abner.*)

SAUL. JONATHÁS. DAVID, *seguido de algunos caudillos israelitas.*

Saul. (A David, que se detiene respetuosamente á distancia.)

Llega, David; la gracia te concedo de mandar hoy cual único caudillo la flor de nuestros jóvenes guerreros. Vé á esterminar al enemigo infame; mis propias armas revestirte quiero.

(Pone su casco en la cabeza de David.)

David. ¡Honra tan grande, oh rey!...

Saul. *(Dándole su espada.)* ¡Hé aquí mi espada!

¡Acrecienta su brillo! De mi aprecio esta prenda te doy: otra mas grande has merecido, y la obtendrás muy presto.

Jonat. Sí; de darte de hermano el dulce nombre haz que llegue, David, pronto el momento nuevas glorias ganando. Nuestros votos te seguirán do quiera.

David. Lo que siento no me es dado espresar. Pastor humilde, pasé mi infancia de las cortes lejos, y turbado, confuso en dicha tanta, trémulo el labio, conmovido el pecho, solo en el llanto que mis ojos vierten mi ardiente gratitud mostraros puedo.

Saul. De ostentarla tal vez con altas pruebas ocasiones te ofrezca el hado adverso. Se anuncian con fatidicas señales calamidades á tu rey y pueblo, y próximo quizás se encuentra el dia en que reclamen tu glorioso acero.

David. Por mi patria y mi rey mi sangre toda en holocausto ofreceré el primero. Hora, gran rey, permite te suplique que cual ofrenda se presente al templo la espada del gigante que ha postrado por medio de tan débil instrumento el Dios de la victoria: sus bondades

así consiga merecer tu siervo.

Saul. (Empieza á oírse rumor de pasos y de voces: un instante despues resuena á distancia el clarin guerrero y aparece Abner, que descende presuroso al valle. En pós suya los guerreros, que cubren las faldas de la colina.)

Complacido serás; la ofrenda ilustre
llevar yo propio al ara te prometo.

¿Pero no escuchas? á anunciarte llega
ese rumor que de partir es tiempo.

El agudo clarin te llama al campo;

vuela á ceñirte de laureles nuevos;

¡propicia te los brinda la victoria,

y yo te guardo el galardón escelso!

Jonat. Permite ¡oh padre! que á su lado parta
hoy, como hermano, á dividir sus riesgos.

Saul. Por único caudillo fué nombrado;

solo él merece el inclito trofeo

que á su valor destino. Las mas fuertes

legiones le acompañan.

Abner. (Entra Abner en la escena al decir Saul las últimas palabras.)

Y ya ardiendo

en generosa cólera, se acercan

á vencer ó morir todos resueltos.

Jonat. Parte pues, ¡oh David! pero no olvides
que es preciosa tu vida á todo un pueblo.

David. (Con entusiasmo, que se exalta mas y mas
hasta la conclusion del acto.)

El Dios de los Ejércitos me inspira:

por su gloria combato; ¡nada temo!

Saul. Hé allí, David, tus bélicas legiones.

¡Su destino te fio!

David. ¡Y yo lo acepto!

¡Siento que cunde por mis venas todas

santo furor, que á reprimir no acierto!

¡Se ensancha el pecho y en el aire aspiro

del ángel de la guerra el ígneo aliento!

¡Al combate, guerreros! ¡La columna,

celestes guía que alumbró al desierto

do vagaban las tribus peregrinas,

brilla á mis ojos con fulgor eterno!

¡ Al Dios de Sinai llevo en el alma !
 ¡ La zarza soy de misterioso fuego !
 ¡ Habla por mi la voz que en la alta cumbre
 oyó Moisés al retumbar del trueno ;
 y ante mi vista , por prodigio fausto ,
 del hondo porvenir rasgado el velo ,
 del seno de Sion veo elevarse
 al resplandor de insólitos portentos ,
 á Aquel que viene en alas de los siglos
 para imponer su yugo al universo !

Jonat. Dios es contigo , si : ¡ marcha al combate !

David. *(Arrojándose con la espada desnuda en medio
 de los guerreros, que, desenvainando tambien los acer-
 ros, repiten su grito de guerra llenos de entusiasmo.)*
 ¡ Al combate !

Guerreros. ¡ Al combate !

Saul. ¡ Oh !... ¡ qué recelo !
*(Saul, desde que David comienza á hablar á los guer-
 reros se muestra inquieto y preocupado, y al hacer
 la última exclamacion debe marcar con la expresion
 de su rostro la sospecha que concibe ya de que pueda
 ser David el rival favorecido por el cielo y anuncia-
 do por Samuel.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Salon

Sela.

Micol.

Sela.

Micol.

Sela.

Acto tercero.



Salon del alcázar de Saul con arcos y galerías al fondo.

ESCENA PRIMERA.

MICOL. SELA. *Despues* LAS VIRGENES DE ISRAEL.

Sela. Si, Micol, nuestras dulces compañeras
en breve aqui vendrán. Todas ufanas
celebran tu ventura.

Micol. De su afecto
la ternura conozco.

Sela. ¡Qué mudanza
tan próspera en tu suerte, amiga mia!
Ayer por mil zozobras agitada,
temblando por la vida de tu amante,
viendo de un padre la dolencia estraña,
mi pecho penetraron los lamentos
que de tu triste corazón lanzabas.
Hoy de repente victorioso llega
el que es objeto de tus tiernas ansias:
llega; del rey frenéticos delirios
al punto el eco de su canto aplaca,
y para hacerte bienhadada esposa
va á conducirte á las divinas aras.

Micol. ¿Con certeza lo sabes? ¿este día
se habrá de celebrar esa alianza
porque anhela Israel?

Sela. Falsos rumores,
que la maligna envidia propagaba,
dieron sospechas de que el rey queria
negar el cumplimiento á su palabra

que afirmó con solemne juramento ;
 mas él , Micol , de desmentir acaba
 tan vil inculpacion. Cuando al influjo
 de los ecos dulcisonos del arpa
 mitigado su mal , pudo tranquilo
 el relato escuchar de las hazañas
 que ha ejecutado tu pastor glorioso ,
 esclareciendo el lustre de sus armas ;
 cuando admirando á par de su modestia
 el esfuerzo que prueba en las batallas ,
 de sus sinceros labios recibia
 de eterna lealtad promesas santas ;
 lo vi yo misma con aspecto franco ,
 dando de su emocion señales claras ,
 tender los brazos al mancebo ilustre
 mandando que el altar se preparara ,
 y te enlazase un vínculo solemne
 al que nuevo esplendor dará á su casa.

Micol.

¡ Bendito para siempre el Señor sea
 que dispensa á Israel mercedes tantas !

Sela.

Mas tú , Micol , en tan alegre dia ,
 cuando á partir las glorias del que amas
 te destina tu Dios , ¿ por qué apareces
 con dolorida faz ? Di : ¿ qué le falta
 á tu ventura para ser completa ?
 ¿ Qué puedes desear ?

Micol.

¡ Ah ! ¡ ser amada !
 ¿ El sentimiento que inspirarme sabe
 participa David ? ¿ Su pecho inflama
 el grato fuego que en mis venas siento
 por instantes crecer ? ...

Sela.

¡ Oh amiga , calla !
 diviso á nuestras caras compañeras
 que á revestirte las nupciales galas
 vienen al son de citara y salterio.

Micol.

(*Comienzan á oirse las cítaras de las Virgenes
 desde antes que aparezcan en la escena.*)
 ¡ Sus tiernos votos mis zozobras calman !

CANTO DE LAS VIRGENES.

David desbarata

Micol.

Micol.

Sela.

Micol.
que

Sela.

Jonat.

David.

Jonat.
á M

la hueste perversa,
 cual nieblas dispersa
 la lumbre del sol,
 y trae en su mano,
 mostrando sus brios,
 cabezas de impios
 por dote á Micol.

Micol. (A *Sela*.) El eco de tan plácidos loores
 ¡ cuánto ¡ oh amiga! al corazón halaga!

CANTO DE LAS VÍRGENES.

Las aras te esperan;
 ¡ ven, virgen dichosa!
 ¡ Ya el nombre de esposa
 pronuncia David!
 ¡ Al héroe te enlaza
 de dicha en el colmo,
 así como al olmo
 se enlaza la vid!

Micol. Gracias os rindo con cariño tierno,
 ¡ oh dulces compañeras de mi infancia!

Sela. ¡ Virgenes de Sion! ¡ ornadla al punto
 del nupcial velo y la corona blanca,
 pues ya se acerca el suspirado esposo!

Micol. (A las Virgenes, que la cercan ejecutando lo
 que ha dicho *Sela*.)

¡ Cercadme! ¡ sostenedme! que no alcanza
 aliento el corazón, y desfallece...

Sela. ¡ Héle aquí ya! tu hermano le acompaña.

ESCENA II.

DICHAS. DAVID. JONATHÁS.

Jonat. ¡ No así tiembles, David! llega, y sus labios
 confirmarán tu dicha.

David. (A *Jonathás*.) Se acobarda
 cada vez más mi pecho. ¡ Me deslumbra
 su celeste beldad!

Jonat. (Tomando la mano de David y presentándolo
 á *Micol*.)

¡ Micol amada!

permite que tu hermano te presente
al que con hechos de perpetua fama,
esclareciendo de Israel la gloria
tu mano conquistó.

David. Cuando á tus plantas
llego, hija de Saul, apenas oso

dirigirte mi voz. ¡Tanta distancia
entre los dos el nacimiento puso!

Micol. Esa distancia tu virtud la salva.

David. No, no puedo creer que á mi me otorguen
un bien que no merecen los monarcas
mas grandes de la tierra.

Micol. No imagino
tampoco, que á tus ínclitas hazañas
la mano de una tímida doncella
premio bastante sea.

David. (Con entusiasmo.) ¡Oh! si pagara
á precio de mil vidas esa gloria
aun no la mereciera.

Micol. Tú, que arrancas
al porvenir oscuro sus secretos;
tú, que en el vuelo de inspiracion sacra
te remontas al cielo, y en la tierra,
cuando piadoso á sus regiones bajas,
haces oír angélicos conceptos,
¿puedes prestar estimacion tan rara
á una frágil muger, cuya hermosura
vive, como la flor, una mañana?

David. Son grandes de Jehovah las maravillas;
son bellas de su mano soberana
las admirables obras; mas de todas
sus maravillas y sus obras santas,
la primera eres tú. Su poderio
admiré viendo la fecunda llama
del refulgente sol; viendo á la noche
de trémulas estrellas coronadas;
viendo á la mar, del infinito espejo,
romper sus olas en la humilde playa,
y á la tierra ostentar con orden vario
sus selvas, sus llanuras, sus montañas:
mas nunca ¡oh virgen! por su autor divino
tan grande admiracion sintió mi alma

Micol.

Jonat.

David.
Micol.
caer s
aman
tonces

Abner.

Jonat.
David.
Micol.
(*Micol.*,
de la
entra

Abner.

y tan ardiente amor, como me inspira
su paternal bondad, viendo tus gracias.

Micol. (A Sela.)

¡Me ama! ¡sostenme! para tal ventura
no basta un corazón.

Jonat. (A David.)

¡Su emoción grata
te revela, David, que eres dichoso!

David. (Al acabar los dos primeros versos que siguen,
*Micol se vuelve á él mirándole con ternura y dejando
caer su mano con modesto abandono en la mano de su
amante, que asiéndola con transporte, pronuncia en-
tonces los últimos versos.*)

¡Oh! si es así, Micol, que una mirada,
una mirada de tus ojos bellos...

¡Espíritus de amor! batid las alas
y bendecid mi gloria, que en la tierra
no es posible alcanzar otra más alta!

ESCENA III.

LOS MISMOS. ABNER.

Abner. ¡David! ¡Micol! en torno del palacio
ansioso el pueblo por vosotros clama:
los sacerdotes en el templo esperan,
y el rey por mí su bendición os manda.

Jonat. ¡Oh dulce bendición! ¡oh fausto instante!

David. ¡Adorada Micol!

Micol. ¡El templo aguarda!

(*Micol, David, Jonathás y la comitiva de Vírgenes salen
de la escena por el lado opuesto de aquel por donde
entra en ella Saul.*)

ESCENA IV.

ABNER. Después SAUL.

Abner. ¡Admirable poder de la armonía!
¡Quién pudo presumir que así trocaras
el ánimo del rey? ¡mas no me engaño?
él viene aquí. ¡Cuán firme se adelanta!
¡Cómo su frente que anubló el delirio
torna á ostentar su magestad pasada!

Saul. ¿Solo te veo, Abner? yo presumia que el séquito nupcial en esta estancia reunido se hallase.

Abner. En este instante acaba de salir y al templo marcha.

Saul. ¡Cuán apacible me parece el día!
Abre, querido Abner, esas ventanas: despues de tantas horas de tormento pueda mirar la luz, beber las auras.

Abner. Terrible fue tu largo desvarío; mas no repetirá: tengo esperanza.

Saul. Dios inspira á David: su voz ejerce milagroso poder. Cuando imploraba piedad del cielo, á mi pesar sentia en deliciosa unción mi alma bañada: y luego, cuando el himno de victoria al eco sucedió de la plegaria,
¡cómo, agitando á su placer mi pecho, se ensanchó el corazón, ardiendo en llamas de generosas iras, al impulso del santo amor de religion y patria!

Olvida, Abner, olvida para siempre las que abrigué, sospechas insensatas. No cabe en ese jóven prodigioso la cobarde traición. No se disfrazan nunca bajo tan nobles sentimientos criminales designios. Si mis faltas irritaron al cielo, si son ciertas del profeta fatal las amenazas,

un angel es David que ya piadosa la Providencia augusta me depara:
¡un angel mediador por cuyas preces vuelva á mi pecho su divina gracia!

Abner. Los sacerdotes son, que no el Eterno, quienes te inculpan y rencor te guardan. Dique al poder de jueces y levitas puso el pueblo en el trono; fueron vanas las tentativas por domar tu orgullo que hizo al principio la soberbia raza, y hora para que el vulgo se amedrente misteriosos desastres te presagia.
Mas no los temas, rey, que ya destruye

Saul.
Abner.

Saul.
Abner.

Saul.

Abner.
Saul.

Abner.

Saul.

Abner.
Saul.

el justo Dios sus criminales tramas ,
y una prueba daré de mis anuncios
al afirmarte que la voz infausta
que á tu linage reprobó , por siempre
va en breve á enmudecer.

- Saul.* ¡Samuel!
Abner. En Rama
se encuentra moribundo.
- Saul.* ¿Quién lo ha dicho?
Abner. Un labrador que de llegar acaba.
Ignorando sin duda que no existe
la amistad que en un tiempo te jurara
el impostor profeta , conturbado
vino á anunciarte cual atroz desgracia ,
su ya próximo fin.
- Saul.* ¿Y aun permanece
en este alcázar?
Abner. Sí.
Saul. Pues sin tardanza
hablarle quiero , Abner.
- Abner.* Voy en su busca
y oirás como confirma mis palabras.

ESCENA V.

SAUL solo.

- Saul.* (Sentándose.)
¡Muere Samuel!... acaso arrepentido
de sus locos furoros : mientras tanto
David se enlaza á la familia mia.
¡Un enemigo pierdo , un hijo gana !
Sin duda que embargaba mis potencias
pueril supersticion ; fatal engaño.
¡Hora me reconozco ! ¡ya respiro !
¡ya no le falta al corazon espacio !
¡siento que puedo bendecir al cielo !

ESCENA VI.

SAUL. ABNER. LABRADOR DE RAMA.

- Abner.* Aqui de Rama al mensagero traigo.
Saul. (Al labrador.) Aproximate, amigo. ¿Qué noticias

puedes dar á tu rey? ¿Cual siempre amado
es de su pueblo? El labrador tranquilo
que ya no mira devastar sus campos
al fiero amalecita, al filisteo,
azotes de Israel por tiempo tanto,
¿bendice alegre el cetro que lo rige?

Labrad. Ungido del Señor, en ti acatamos
el supremo poder que representas;
mas gran pesar agobia á tus vasallos.
Cubiertos de ceniza los cabellos,
sus vestiduras con dolor rasgando,
los ancianos de Rama en torno lloran
de la morada del profeta santo,
que acaso exhala su postrer aliento
en este instante ¡oh rey! en que te hablo.

Saul. ¿Es tan grave su mal? ¿No hay esperanza?

Labrad. (Señalando al cielo.)

Alli la mia está: otra no alcanzo.

Saul. Con profundo terror de su carrera
el término fatal columbra el malo;
mas el justo Samuel sin duda goza
inefable placer, cuando el descanso
va á disfrutar de la callada tumba.

Labrad. Sereno como siempre y resignado
á los decretos del Señor se muestra,
y al observar la pena y el quebranto
que nos causa su muerte, nos anima
con promesas solemnes, cuyo plazo
no está remoto, dice, pues el cielo
las cumplirá, por Israel mostrando
su paternal amor.

Saul. (Inquieto.) Y esas promesas
¿qué bien anuncian? ¿qué dichoso cambio?

Labrad. ¿Quieres, señor, que mis palabras rudas
repitan las que salen de unos labios
oráculos de Dios? Yo las venero,
las creo humilde; pero no me es dado
el poder repetirlas.

Saul. Pues al punto
hacerlo debes; ¡porque yo lo mando!

Abner. Reflexiona, señor...

Saul. ¡Silencio! solo

- ese hombre debe hablar.
- Labrad.* (*Turbado.*) A tu mandato quisiera obedecer, pues soy tu siervo: ¿mas cómo recordar discursos varios que apenas comprendí? Yo solo afirmo que el santo moribundo nada infausto predice al pueblo. Ayer con alegría mirando, al parecer, tiempos lejanos, «¡oh Belen! exclamaba: ¡de tu seno alzarse veo al rey predestinado!»
- Saul.* (*Levantándose con ímpetu.*) ¡Belen has dicho!
- Labrad.* Sin cesar pronuncia ese nombre Samuel, y grave alzando la voz, que enmudecer debe tan pronto. «¡El triunfará de todos sus contrarios! grita con entusiasmo: lo estan viendo y no le reconocen: ¡mas no en vano se alza el humilde y vence el desvalido! Ya rueda el cetro antiguo hecho pedazos, y el hijo de Belen de un polo al otro estiende el suyo poderoso y blando.»
- Saul.* (*Fuera de sí.*) ¡Cesa, vil impostor! cesa, ó mi espada...
- Abner.* (*Deteniéndole.*) ¡Qué haces, Saul! (*Al labrador.*) Aléjate, que asalto le vuelve á dar su frenesí furioso.

ESCENA VII.

SAUL. ABNER.

- Saul.* ¡Oh! ¡qué insensata rabia! ¡yo me exalto contra un pobre labriego!...
- Abner.* Tus furores solo merece el vil que haciendo escarnio de tu bondad real, nombre de hijo adquiere para hallarse mas cercano del trono que codicia.
- Saul.* ¡Oh implacable rigor del cielo!... pero no velado
- :

- se encuentra ya por hórrido misterio
ese nombre fatal.
- Abner.* Si; ya el arcano
de los anuncios de Samuel descubres.
El pérfido David, confabulado
con los levitas, á tu cetro aspira.
- Saul.* Y tú que lo pronuncias ¡insensato!
¿dejas aun que ese pastor respire?
- Abner.* Dicta tus leyes, rey, nunca fui tardo
en cumplirlas.
- Saul.* ¡Pues bien! ¿qué te detiene?
- Abner.* ¿Debe morir?...
- Saul.* ¡Al punto! yo no indago
si es motor ó instrumento, pues si alberga
saña tan fiera un Dios, debo imitarlo.
Perezca, Abner, perezca sin demora
ese odioso rival.
- Abner.* ¡Cumpliré el fallo!

ESCENA VIII.

SAUL, JONATHÁS, que al entrar se encuentra con ABNER
que sale.

- Jonat.* ¿Adónde Abner tan presuroso corre,
y por qué, padre, trémulo, agitado,
te ven mis ojos? ¿La fatal dolencia
se anuncia ya con téticos amagos?
El feliz día que celebra el pueblo
¿será, señor, por tu inquietud nublado?
Calma tu corazón; te lo suplico:
que en este instante, para todos fausto,
tranquilo y venturoso te contemplen
tu Micol, tu David, ya desposados.
- Saul.* ¡Desposados estan!
- Jonat.* ¡Oh! ¡si testigo
como yo fueras del solemne acto
que me conmueve aun!... lágrimas dulces
hoy vertieran tus ojos, y aliviado
respirara tu pecho. Si, dichoso
con la ventura de tus hijos caros,
tu corazón paterno dilataras

- llorando de placer entre sus brazos.
Saul. ¿En dónde está David?
Jonat. Veráslo en breve
 con su Micol aquí: mas anhelando
 darte yo, padre, el parabien primero,
 un solo instante á todos me adelanto.
Saul. ¡Príncipe desdichado! á pesar tuyo
 sabrá tu padre conservar intacto
 el honor de su estirpe. Su corona
 irá á tus sienes sin baldon infando.
Jonat. ¡Qué dices, padre!
Saul. ¡Que en el ara humea
 del vil altar, por mi deshonra alzado,
 la impura sangre del traidor aleve,
 de su iracundo Dios en holocausto!
Jonat. ¡Cielos! ¡qué escucho!...

ESCENA IX.

LOS MISMOS. MICOL. SELA.

- Micol.* (Dentro.) ¡El rey!... ¡vengo en su busca!
Jonat. (Saliendo al encuentro de Micol.)
 ¡Micol!
Saul. (En ademan de retirarse.)
 ¡Micol tambien!
Micol. (Se presenta en la escasa al segundo verso.)
 ¡Padre, te llamo!
 ¿En dónde estás? ¡oh padre! ¡padre mio!
 ven corriendo, que aqui, en los mismos atrios
 de tu alcázar real, mi esposo inerme
 por el infame Abner es acusado
 y perseguido. ¡Padre! ¿no me escuchas?
 osa decir que cumple tu mandato,
 y matar quiere el pérfido caudillo
 al digno esposo que me da tu mano.
Saul. Retirate, Micol: esa sentencia
 la dictó mi justicia.
Micol. ¡Qué! ¿tu labio
 la muerte pronuncio del hijo tuyo?...
 ¿Tú le condenas?...
Saul. ¡Sí!

Micol. (Arroja un grito doloroso y cae en brazos de
Sela.) ¡Ah!!

Jonat. Los malvados

le aborrezcan tal vez y le calumnien ;
¡mas oye la verdad! (Señalando á Micol.)

¡Mira su llanto!

Micol. ¡Una palabra, padre!

Saul. (Queriendo alejarse.)

¡Ya está dicha!

Micol. (Deteniéndole y arrojándose á sus pies.)

¡No, no te alejarás!... ¡tus pies abrazo!

¡Es inocente mi David! lo afirmo:

¡lo afirmo por el llanto que derramo!

Jonat. (Arrodillándose tambien.)

A tus plantas los dos, de su inocencia

juramos darte testimonio claro.

Micol. ¡Padre del corazon! por aquel seno
que es ya ceniza en el sepulcro helado ;
por aquel seno do empecé mi vida

y que tanto te amó, mirame blando!

Jonat. ¡Retracta al punto la sentencia cruda!

¡Con David, padre, moriremos ambos,

y en medio de sepuleros de tus hijos

arrastrarás tus canas solitario!

Saul. (Violentamente conmovido.)

El cielo, el mundo, contra mi conspiran,

y vosotros tambien... ¡hijos ingratos!

¡Al padre condenais, y al enemigo

que viene vuestra herencia á arrebataros,

á precio de mi sangre que os alienta,

quisierais rescatar!... ¡Sucumbe al cabo,

monarca maldecido!... lo demandan

tus propios hijos ya... ¡no eres amado!

Micol. Tus lágrimas me anuncian, padre mio,

que concedes perdon...

Jonat. (Levantándose con regocijo.)

¡Oh! se ha salvado

nuestro caro David.

Saul. ¡Dios lo protege!

Micol. ¡Ven á librarlo, padre!

Jonat. ¡Si, salgamos!

ESCENA X.

DICHOS. ABNER.

Saul. ¡Abner!

Jonat y Micol. ¡Abner!

Saul. ¿Dó está David? ¡responde!

Abner. Protegiéndole el pueblo buscó amparo
entre los sacros muros: los levitas
por su propia malicia preparados
tal vez estaban ya. La turba inquieta
en confuso tropel cerca al santuario,
y las voces de adentro repitiendo
osa á su rey apellidar tirano.Saul. ¡Oh! ¡siempre los levitas!... ¡pecho inerte!
¡tú ibas á perdonar!... (A Abner.)Que sin retardo
al criminal se arranque de su asilo,
y aquellos que resistan temerarios,
sin distincion de número ni clase
cual rebeldes al rey, sean tratados.

(Vase Abner.)

Micol. ¡Piedad, oh padre!

Saul. ¡Aparta! no es mi hija
quien no arde en el furor en que me abraso.

(Vase Saul.)

Sela. (Sosteniendo á Micol.)

¡Desdichada Micol!

Jonat.

¡Animo, hermana!
voy á salvarle ó moriré á su lado. (Se va.)

ESCENA XI.

MICOL. SELA, y al fin de la escena JONATHÁS.

Sela. ¡Amiga cara! fia en el Eterno
que salvará á tu esposo: no al desmayo
del desaliento tu valor sucumba.

Micol. ¡Sela!

¡Triste Micol!

Micol. De aquel que amo
quiero seguir la suerte: del alcázar

para siempre me alejo : me separo
de los verdugos que la sangre anhelan
del inocente... ¡ Si ! ¡ sostenme ! ¡ huyamos !
Sela. ¿ Adónde quieres ir , mi pobre amiga ?
desfallecida estás.

Micol. Pecho de mármol
tiene mi padre , ¡ oh Sela ! pues mi esposo
¿ en qué ofenderle pudo ?

Sela. Oscuro caos
es el alma del rey ; mas en el cielo
un monarca reside soberano
que , protegiendo á la inocencia , vela.

Micol. (*Arrodillándose.*)
¡ Oh Dios del infelice , por ti clamo !
¡ Tú que á Moisés de la sentencia impia
libraste de un monarca sanguinario ,
haciendo al viento de su sueño arrullo
y blanda cuna al fervido oceano ;
para salvar á tu cantor sublime
alza hoy tambien tu omnipotente brazo ,
y haga brillar fulgente su inocencia
tu soplo eterno que encendió los astros !

Sela. (*Levantándola.*)
El te ha escuchado , amiga ; dale aliento
al débil corazon.

Micol. ¡ Me esfuerzo en vano
por sostenerme , Sela ! ¡ cual de plomo
siento mis pies , y desfalezco y caigo !
(*Se deja caer en una silla.*)

Sela. Permanece tranquila , que yo observo,
y desde esa ventana...

Micol. ¡ Di ! ¿ ves algo ?...

Sela. Grupos del pueblo , de tu enlace triste
testigos ¡ ay ! que el júbilo trocaron
en tétrico dolor.

Micol. (*Levantándose y volviendo á caer.*)
¡ Silencio ! creo
que oigo pasos : ¡ oh cielo !... ¿ consumado
está tal vez el crimen ?...

Sela. Nada escucho ;
mas me parece que en acento bajo
se murmura en el pueblo : sí , se agitan

las apiñadas gentes; los ancianos se adelantan... tal vez hablar pretendan al inflexible rey.

Micol. Mas el malvado caudillo, que en verdugo se convierte, ¿en dónde, en dónde está?

Sela. Veo á tu hermano.

Micol. (Levantándose trémula.)
¡Jonathás!

Sela. ¡Jonathás! ¡no hay duda! viene cubierto de sudor: ¡ya entra en palacio!

Micol. ¡Corre!... ¡yo misma!...

(Entra Jonathás precipitado.)

Sela. ¡Príncipe!

Micol. ¡Mi esposo!

Jonat. ¡Bendigamos á Dios! ¡Está ya en salvo!

(*Micol se arroja en los brazos de su hermano con un grito de alegría. Saul aparece al mismo tiempo.*)

ESCENA XII.

LOS MISMOS y SAUL, pero despues de las primeras palabras SAUL y JONATHÁS solos.

Sela. ¡El rey!

Jonat. ¡El rey!

Micol. (Mirando á Saul.) ¡Qué ceño, hermano mio!

Saul. (A las dos mugeres.)

¿Qué haceis aqui vosotras? ¡retiraos!

(*Saul se adelanta al proscenio.*)

Micol. (A Jonathás en voz baja.)

¿Ningun peligro corre?

Jonat. (Lo mismo.) ¡Te lo juro!

Sela. (Llevándose á Micol.)

¡Huye de su furor el primer raptó!

(*Se van.*)

Saul. ¡Jonathás!

Jonat. ¡Padre!

Saul. ¿Mis mandatos quedan

cumplidos ya?

Jonat. ¡Señor! cuando calmados

tus primeros furoros, consideres...

Saul. (*Impaciente.*)
 ¿Se cumplieron, pregunto, mis mandatos!
Jonat. Tu ministro, señor, podrá decirlo,
 pues viene aquí.

ESCENA XIII.

SAUL. JONATHÁS. ABNER, *deteniéndose turbado á la entrada.*

Abner. ¡Gran rey! ¡nos han burlado!
Saul. ¿Qué dices!
Abner. Penetré con mis legiones
 en lo interior del templo; mas no hallamos
 ya al criminal: su fuga diligentes
 los mismos sacerdotes prepararon,
 y con la espada que arrancó al gigante
 vencido en Terebinto, y que tu mano
 dejó en las aras por ofrenda eterna,
 fué por Achimelech su brazo armado.
Saul. ¡Y vive el vil pontífice!... ¿te atreves
 á referir su enorme desacato
 sin presentar su criminal cabeza?
Jonat. ¡Padre! no olvides que su augusto rango
 le hace inviolable, aun siendo delincuente.
Saul. Quien prostituye su carácter santo,
 lo renuncia vilmente.
Jonat. Si así juzgas,
 respeta al menos sus cabellos blancos.
Saul. Respeta tú, si al padre desestimas,
 la corona real.
Jonat. ¡Deber sagrado
 como hijo, como súbdito contemplo,
 cuando veo tus ciegos arrebatos,
 hacerte comprender lo que le debes
 á la justicia, al cielo!
Saul. ¡Temerario!
 Al punto sal de mi presencia. ¡El cielo,
 ese cielo que invocas, sus agravios
 se alce á vengar, y salve á sus ministros
 si patrocina sus infames pactos!
 ¡Perezcan hoy los sacerdotes todos! (*A Abner.*)

¡Que la ciudad que habitan, en pantano
conviertan mis legiones!

Jonat.

¡Rey!

Saul.

¡Afuera

el débil Jonathás!

Jonat.

(*Dejando la escena.*) ¡Rey desdichado!

Saul.

(*A Abner.*)

¿Qué aguardas tú?

Abner.

Que en calma ratifiques
tus órdenes severas.

Saul.

¿Causa espanto
su ejecucion á Abner?

Abner.

¿Las ratificas?

Saul.

¡Las ratifico!

Abner.

¡Rey! ya nada aguardo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

SAUL. *Despues* SAMUEL.

Saul.

¡Oh vil raza de Aron! ¡desaparece!
harto tiempo tus pérfidos amaños
paciente toleré. ¡Locura ha sido
pensar amedrentarme con presagios,
para postrar mi coronada frente
ante el Dios de furor que habeis creado!

(*Samuel, que aparece al fondo del teatro desde que comienza á hablar Saul, se va adelantando lentamente. Su rostro aparece cadavérico, y anda y habla con debilidad y pena, hasta el punto en que, poseido del espíritu divino, fulmina contra Saul la postrera sentencia.*)

Samuel.

¡Ese Dios ¡oh Saul! no hubo principio,
ni tendrá fin jamás!

Saul.

¡Estoy soñando!
¡esa voz!... ¡Ah! ¡Samuel! ¿tú moribundo
en Rama no te hallabas?

Samuel.

Me levanto
por orden del que puede con un soplo
dar la vida y la muerte. Su mandato
me trae, Saul, á que á tu vista rinda

en su seno inmortal mi aliento exhausto.
Saul. ¿Pero con qué designio?

Samuel. Cumplir debo
 hasta el fin la mision que se me ha dado.

Saul. Y así espirante quieres...

Samuel. (Que se le ha acercado, dice todos los versos
 que siguen animado de una espresion estraña, que in-
 dica el espiritu de adivinacion de que está poseido.)

¡Calla!... ¡Escuchas
 el confuso clamor que aquí llegando
 viene á arrullar mi sueño perdurable?
 ¡Es de un pueblo la voz! ¡eco de llanto
 universal, profundo! ¡Es el lamento
 que se levanta en torno del cadalso!
 do cabezas augustas rodar deben!

Saul. Los sacerdotes fieros, insensatos,
 merecieron mi saña.

Samuel. No ha caido
 la segur todavia: ¡estan postrados!
 ¡piden por ti al Señor! ¡piden que sea
 temporal tu castigo, y que descanso
 te dé la eternidad!

Saul. ¡Ah! ¡cesa!

Samuel. ¡Aguarda!

¡Apartan unos sus cabellos canos;
 otros descubren delicados cuellos
 do solo pesan juveniles años!
 ¡Exhala el pueblo funeral gemido
 herido de dolor, yerto de espanto!
 ¡Las victimas se postran; los verdugos
 levantan la segur!...

Saul. ¡Deten sus brazos!

Samuel. (Con voz profunda.)
 ¡Cayeron ya! ¡no existen los levitas!
 ¡La sangre tiñe sus ropages blancos,
 salta de sus verdugos hasta el rostro,
 y se estiende formando inmenso lago!

Saul. (Delirante.)
 ¡Lo veo! ¡sí! las humeantes olas
 rápidas llegan... ¡Ay!! se van alzando,
 y salpican mi frente sus espumas...
 ¡Samuel! ¡detenlas!... ¡pero ya cercado

me tienen por do quier! ¡No hay en la tierra para pisar Saul ni un solo palmo!

Samuel. (*Haciendo un esfuerzo sobrenatural, pronunciará con voz tremenda los versos que siguen.*)

¡Te engañas, que aun te guarda sepultura,
y á ella muy pronto bajarás, tirano!

¿El eco escuchas de guerrera trompa?

¿sientes el galopar de los caballos?...

Rehaciendo su fuerza el filisteo

las tierras de Israel viene asolando.

¡Misera tierra que empapada en sangre

de los justos se ve; rios de llanto

no bastan á labrar su mancha eterna,

y mas sangre, y mas sangre, está clamando!

Saul. ¡Samuel! ¡Samuel!

Samuel. ¡Las carniceras aves

vuelan buscando el abundante pasto,

y sobre la ciudad de crimen, tiende

la noche funeral su velo opaco!

¡Baja del solio, principe asesino!

¡la corona depon, y el cetro sacro!...

¡Ya te señala el angel de la muerte,

y David llega á recoger tu manto!

(*Samuel, que agota sus fuerzas al fulminar á Saul su última sentencia, cae desfallecido al terminarla.*)

Saul. ¿Quién llama aqui á David?

Samuel. (*Con voz mas débil.*) ¡Lo llama el trono!...

¡y á ti y á mi la eternidad!

Saul. ¡Oh infausto

acento, que me anuncias incesante

la cólera de un Dios, nunca te acallo!

Samuel. (*Desfallecido.*)

¡Ya enmudece, Saul!... ¡el tuyo eleva!

Dios castiga y perdona... pues acabo

mi terrible mision, hora al Eterno

ruego... ruego por ti... ¡rey desdichado!

Saul. ¡Ruegas por mi! ¡perdonas!... ¡es ya tarde!

tú el abismo me abriste, y á cerrarlo

no alcanza tu poder. ¡Alzate, impio!

cual sombra de Saul sigue sus pasos,

para que arrulles su perpetuo sueño

con la atroz maldicion que le has lanzado.

¡Levántate, Samuel!
(Se acerca asiéndole del brazo.)

¡Ah! ¡no respira!

ESCENA XV.

LOS MISMOS. ABNER.

Abner. (Entrando presuroso.)
¡El enemigo, rey!...

Saul. (Interrumpiéndole.) ¡Basta! su labio
aquí me lo anunció: mas yace mudo
ya para siempre, Abner; ¡y allá en sus astros
su oráculo también tiene el infierno!

Abner. ¡La Pitonisa!

Saul. ¡Que me siga al campo!
Del arrepentimiento ya por siempre
para Saul las puertas se cerraron;
que venganza me ofrezca el negro abismo,
y por las suyas con placer me lanzó.
¡Vaya á buscarme el Dios que me persigue
allá en la liza do por él combato,
y á su despecho como á rey me hunda,
mas no me huelle como á vil esclavo!

FIN DEL ACTO TERCERO.

El tea
los
Vén
das
na,
los

(E
un ins

David.

Jonat.

David.

Jonat.

*Orario de luna al
Emp.^o*

Acto cuarto.



El teatro representa el campo de los israelitas al pie de los montes de Gelboé. El terreno es árido y fragoso. Véanse hácia un lado algunos trozos de rocas desnudas y al otro un peñasco. Es la alta noche: la luna, próxima á su ocaso, se va ocultando detras de los montes. En las últimas escenas del acto amanece.

ESCENA PRIMERA.

DAVID. JONATHÁS.

(El uno entra por un lado, y el otro por el opuesto un instante despues: ambos en traje guerrero.)

David. No, no me engaño; el campamento hebreo logro encontrar al fin: la opaca luna, ya próxima á su ocaso, la alta cima de Gelboé, con su destello alumbra.
¡Vélate, astro de paz! cual foragido que teme que sus huellas le descubran, solo puedo pisar el suelo patrio entre las sombras de la noche oscura.

Jonat. *(Entrando en la escena sin ver á David.)*
Descansan todos, y el contrario aleva tal vez la noche aprovechar discurra para caer sobre el desierto campo. Por el cuidado del caudillo supla mi vigilancia activa.

David. *(Ap.)* Me parece que alguien habló.

Jonat. *(Ap.)* De un hombre que procura recatarse, la sombra allí distingo.

David. Alguno se aproxima... si, no hay duda; centinela será.

Jonat. (Alto.) ¿Quién á deshora en la tiniebla y soledad nocturna espía el campo de Israel?

David. Guerrero como tú soy.

Jonat. ¡Tu nombre dime!

David. Nunca podrá olvidarlo el filisteo: ingrato hoy lo agravia Israel.

Jonat. Lo que articulas solo á un nombre conviene: ¡David!

David. ¡Basta!

El que á pesar de execracion injusta contra David lanzada, honra su nombre, el suyo ilustre pronunciar escusa, ¡Querido Jonathás! (Se descubre.)

Jonat. ¡Hermano mio! (Se abrazan.)

David. ¡Cómo este llanto bienhechor endulza los acerbos dolores de mi pecho!... ¡cuánto amargó mi vida vagabunda al temor de perder tu amistad cara!

Jonat. Tales recelos mi constancia injurian: en pós de ti los votos de mi afecto iban do quier, David: noticias tuyas inútilmente demandaba á todos; y los falsos delitos que te imputan con calor desmintiendo, de mi padre esperaba aclarar la mente ilusa.

¡Oh cuántas veces su furor me atraigo sin poder descubrir la mano oculta que urde en tu daño tenebrosas tramas!

David. ¿Y Micol, Jonathás?... ¿en su alma pura un recuerdo conserva del proscrito que osó esperar en plácida coyunda vivir unido á su existencia hermosa?

Jonat. Desde aquel dia de tu triste fuga, Micol, sumida en incesante duelo, marchita con el llanto su hermosura. Su fé te guarda con firmeza heróica, como su pecho su vestido enluta,

y á las plantas del rey mil veces llega
 maldiciendo las voces que te inculpan,
 y reclamando el adorado esposo
 en quien su orgullo y su esperanza funda.
 ¿Mas se halla aqui Micol?...

David.

Jonat.

Tan deplorable

es su estado fatal, desde que viuda
 y esposa al mismo tiempo se contempla,
 y tantas veces su razon se turba,
 que el rey temió dejarla en abandono
 y consigo la trajo. Le tributa
 cuidados cariñosos, y á su vista
 el ceño templa de la frente adusta.

David.

Jonat.

¡Oh virgen adorada!... ¿Podré verla?
 Tú deliras, ¡David! pues lo preguntas.
 ¿Olvidas dónde estás?... ¿No consideras
 que de Israel las tiendas te circundan?
 ¡Aquella es la real!

David.

¿Donde mi amada
 gime en la soledad?...

Jonat.

¡Donde sañuda
 la envidia yace que escitó tu gloria,
 y el odio insomne á la sospecha aguzó!
 ¡Un acento, un suspiro que aqui exhales
 puede alli resonar!—¡Oh! ¡las resultas
 teme, David, de tu imprudencia estraña!
 ¿Qué falaz esperanza te deslumbra?
 ¿Estás ansioso de morir, ó ignoras
 que aqui te aguarda perdicion segura?

David.

Sé, Jonathás, que el campo de mi pueblo
 es este: sé que la guerrera lucha
 va presto á renovarse; que el contrario,
 á quien antiguos daños estimulan,
 corre veloz, sediento de venganza,
 con grande fuerza y con tremenda furia.
 ¡A morir vengo, sí; mas en el campo
 por mi patria lidiando; sin que aguda
 espada alcance de mi rey al pecho,
 si paso por el mio no se busca!

Jonat.

El valor, la virtud dictan tus voces;
 mas no dejes, David, que te seduzcan
 y te hagan sordo á la prudencia cauta.
 ¡Ella te habla por mí; su voz escucha!

- Los sacerdotes miseros recuerda ,
y un nuevo crimen à tu rey excusa.
David. ¡ Los sacerdotes ! ¡ ah !
- Jonat.* Pobre ruina
es ya la triste Nobé , y sepultura
de los que fueron del Señor ministros.
Uno solo escapó. ¡ Dios de la cruda
matanza , à Achimelech salvó piadoso ,
y huyendo el infeliz , acaso encubra
su santa vida en estrangero suelo ,
regando con su llanto de amargura
el duro pan que la piedad le otorgue !
David. ¡ Sol , que alumbraste la sangrienta culpa ,
jamás devuelvas à la infausta tierra
el sacro fuego de tu luz fecunda !
¡ Que vertiendo Sion perpetuo llanto
en noche eterna su ignominia encubra !
Jonat. Tú borrarla sabrás : tú eres la espada
del angel vengador... si , me lo anuncia
estremecida el alma , y en mi oido
voz misteriosa sin cesar murmura.
« Vástago de Saul , tu frente postra ,
que ya florece y colosal se encumbra
el arbol santo , que en remoto dia
fruto dará de gracia y de ventura !... »
Mas antes que el destino nos separe ,
antes que el fallo celestial se cumpla ,
deja te estrechen mis amantes brazos ,
y un beso imprima en tu cabeza augusta.
(*Se abrazan con reciproca y profunda emocion.*)
David. ¡ Hermano caro !...
Jonat. Si , tu hermano he sido :
no lo olvides , David ; riegue mi tumba
tu llanto fraternal , y mi memoria...
(*Su voz queda ahogada por la emocion.*)
David. Cesa por Dios : ¡ el alma se atribula
con tus acentos , Jonathás !...
Jonat. (*Quitándose su casco , y poniéndolo en la ca-
beza de David.*) En prenda
de mi fiel amistad , deja que cubra
tu heróica frente mi guerrero casco ,
y ese , que premio fué de tu bravura
de Terebinto en el frondoso valle ,

permíteme ostentar.
David. (Dándole el suyo.) Valor te infunda
 este emblema de triunfo; ya en mi frente
 brilla la insignia que tu gloria ilustra.
 ¿Mas no sientes rumor?

Jonat. Si; con presteza
 dejemos este sitio: las alturas
 del convecino monte el filisteo
 ocupa ya, y apenas sustituya
 la tibia aurora á la profunda noche
 que ya toca á su fin, sin duda alguna
 se lanzará al combate: allí nos halle
 las primicias buscando de la lucha.
 ¡Al campo, hermano!

David. ¡Saludar anhelo
 en él al sol cuando en oriente luzca!

ESCENA II.

SAUL. ABNER.

Abner. Todo en sosiego está, é ilusion creo
 de tus sentidos, que el desvelo turba,
 la voz que percibir imaginaste.

Saul. La Pitonisa sin demora acuda
 á este lugar: irrita mi impaciencia
 ver la tenaz y pérfida repulsa
 que hace de nuestros ruegos y amenazas.

Abner. Solo cedió á la fuerza, pues su impura
 caverna, nunca á abandonar se presta.
 Mas hora su disgusto disimula,
 y tu mandato espera.

Saul. Venga al punto,
 mas con misterio sea: que ninguna
 persona la conozca.

Abner. Todos duermen:
 solo tu hija, señor, cual acostumbra
 al reposo se niega, y en tu tienda
 al compás de la cítara, modula
 lúgubres tonos.

Saul. ¡Desdichada niña!
 Venga esa maga. (Vase Abner.)
 En su dolor me acusa
 tal vez Micol: á comprender no alcanza

:

la desigual y formidable pugna
que sosteniendo estoy. ¡ Mis propios hijos
insensato y cruel, tambien me juzgan!

ESCENA III.

SAUL. LA PITONISA DE ENDOR. ABNER, *que luego se retira,*
y al final la sombra de SAMUEL.

Pitonisa. (Se oye su voz antes de aparecer en la escena.)
¡ Por qué arrancarme á mi pesar ¡ oh insanos!
de mi triste mansion?... ¡ Dejad que huya!
Yo no conozco el mundo de los hombres:
de vuestro sol la lumbre me importuna,
y pronto debe aparecer triunfante.

¡ Dejadme ir! mi lúgubre espelunca
es el imperio de la eterna noche;
mas en ella se enciende, sin que luzca
para profanos ojos, luz de ciencia,
sol misterioso que jamas se anubla.
Abner. Pronto á tu asilo volverás, mas debes
pruebas dar de la ciencia en que se funda
tu justo orgullo. (*Vase, señalándole á Saul.*)

Saul. Llega: yo te aguardo:
¿sabes quién soy, muger?

Pitonisa. El que con ruda
violencia aqui me arrastra, solo dijo
que eras guerrero de modesta alcurnia:
mas sé tu nombre.

Saul. ¡ Dilo! de tu ciencia
esa señal me da.

Pitonisa. Si de ella dudas,
¿por qué ¡ Saul! á tu presencia vengo?
Tú, que en un tiempo con insana furia
á mis tristes hermanos perseguías,
¿por qué me llamas hoy?

Saul. No he sido nunca
el enemigo de la ciencia: cuando
los magos perseguí con saña injusta,
era instrumento de envidiosa raza
que gobernaba mi razon ilusa.
Los sacerdotes y Samuel, lanzando
contra vosotros pérfida calumnia,
estendieron la voz de que el infierno

- vuestro acento dictaba.
- Pitonisa.* Solo es una
la gran cadena de los seres : toca
un extremo á la nada , y la otra punta
en el cielo se pierde. ¿Quién las llaves
tiene del porvenir , ó quién usurpa
derechos del que guarda en lo infinito
el foco eterno de sapiencia suma?
Toda voz es de Dios , si verdad habla.
¿Qué voz pudiera semejar la suya?
Cuando esa voz esplica los arcanos
á par el cielo y el infierno escuchan ;
que ella en la inmensa creacion resuena ,
y de la cumbre hasta el abismo cruza.
- Saul.* Poco me inquieta ya que el cielo sea ,
ó el infierno quien oiga mi consulta.
Haya un poder contrario á mi enemigo ,
y á él se liga Saul.
- Pitonisa.* ¿Mas qué te impulsa ,
misero rey , á conducir mi mano
con loco empeño á la funesta urna
donde el destino sus secretos guarda?
A esa fatal curiosidad renuncia :
¡Yo te lo ruego!
- Saul.* (*Impaciente.*) Si apariencia solo
no es tu vasto saber , ¿cómo te excusas
de ostentarlo ante mi?
- Pitonisa.* ¡Rey desdichado !
¡no está mi alma de piedad desnuda !
- Saul.* Penetro tu intencion : amedrentarme
presumes con imágenes confusas
de fingido terror , y escapar piensas
sin que patente sea tu impostura.
¡Mas no lo has de lograr ! confiesa al punto
tu ignorancia , muger , si no pronuncias
lo que saber pretendo.
- Pitonisa.* ¡Tú lo quieres !
¡Y bien , rey de Israel ! ¿qué me preguntas ?
- Saul.* El odioso rival que hallar anhelo ,
¿en qué confin recóndito se oculta ?
- Pitonisa.* Cerca de ti respira.
- Saul.* ¿De mi cerca
puede hallarse David?...

- Pitonisa.* Sus huellas busca
en la tierra que pisas.
- Saul.* ¿No me engañas?...
- Pitonisa.* No te engaño, Saul.
- Saul.* ¡Oh! ya columbra
mi mente la verdad. Del filisteo
se hace amigo el traidor: ¡le presta ayuda,
y se introduce como vil espía
de su pueblo en el campo!
- Pitonisa.* ¡Tú lo juzgas,
que no yo, rey!
- Saul.* ¡Allí, donde se encuentra
ansiaba hallarle mi furor! ¡Ocupa
un puesto digno de su escelsa gloria!
¡Oh! ¡que al incircunciso se reuna!
¡que con él venga á disputarme el cetro;
ya mi impaciencia á su pereza acusa!
- Pitonisa.* ¡Si! ¡le verás por tu desgracia tarde!
- Saul.* ¡Aun en los bordes de la tumba oscura
conmigo le hundiré!
- Pitonisa.* ¡Qué horrible suerte!
¡El negro espanto mi garganta anuda!...
un helado sudor cubre mis miembros...
¡oh, qué cuadro fatal!... ¡mi vista ofusca
denso vapor de sangre!... ¡Deja, deja
que á lo mas hondo de mis antros huya!
- Saul.* ¡No! ¡que explicarme sin misterios debes
cuanto ese horror artificioso anuncia!
- Pitonisa.* ¡No lo intentes jamas, padre infelice!
- Saul.* ¡Pitonisa de Endor! sobrado abusas
de mi paciencia ya: tiembla si escede
á mi bondad la pertinacia tuya.
¡Descorre el velo de mi suerte! ¡quiero
penetrar hasta el fondo!
- Pitonisa.* ¡No retumban
allá en tu corazon las roncadas voces
que pronunció su boca moribunda?
- Saul.* ¡Samuel! (*Estremeciéndose.*)
- Pitonisa.* ¡Cayó, cuando la pura sangre
de los hijos de Aron, que humea inulta,
manchó tu frente regia: allí se ostenta!
- (*Saul lleva maquinalmente su mano á la frente, y la
deja caer sobre su pecho.*)

Sí, tu mano la toca; mas convulsa
cae, y en tu pecho criminal se ensaña,
cual si intentara desclavar la aguda
flecha del punzador remordimiento.
¡Es ya tarde, Saul! la enorme suma
se completó de tus delitos. Llega
el momento cruel: ¡fuerza es que sufras
la horrible espiacion!

Saul. ¡Oh! ¡si no quieres
que de tu acento mi furor deduzca
que eres órgano vil de mi enemigo,
pruébame tu verdad!

Pitonisa. ¿Quieres que acuda
á atestiguarla un muerto?...

Saul. ¡Quiero, maga,
que de mi tolerancia no hagas burla!
¡De cuanto has dicho la verdad me prueba,
ó castigo tendrá tu infame astucia!

Pitonisa. ¡Tiembla, infeliz, si accedo á tu demanda!

Saul. ¡Tiembla por tí, ¡muger! si lo rehusas!

Pitonisa. ¡Lo quieres!

Saul. ¡Te lo mando!

Pitonisa. ¡Desdichado!
¿Ves esa roca estéril, negra, ruda,
como tu corazón? En sus escombros
tú y el renuevo de tu estirpe augusta
muy pronto envueltos yacereis.

Saul. ¡La prueba!

Pitonisa. *(Le lleva con violencia al sitio que le ha designado. La roca se estremece y cae á pedazos, dejando ver la sombra de Samuel, al principio confusa y progresivamente mas distinta.)*

Ven á buscarla ¡rey!... ¿de qué te asustas?

Saul. Estos escombros que á mis plantas ruedan
anhelan sepultarme... ¡se acumulan!
¡Suelta, hija del infierno!... ¿qué pretendes?

Pitonisa. Probarte mi verdad, pues de ella dudas.

¡Alza los ojos, rey!

Saul. *(Cayendo de rodillas.)* ¡Samuel!

Pitonisa. ¡Su sombra
se alza á prestarme testimonio: escucha!
(Desaparece por entre las peñas.)

Saul. ¡Samuel! ¡Samuel! ¡oh sombra despiadada!

Sombra. ¡ Rey de Israel , hollando estás la tumba
de tu estirpe infeliz : te estan llamando
las victimas de Nobe con voz muda ,
y á encontrarlas irás apenas se alce
el nuevo sol que en el oriente apunta !
(*La sombra vuelve á velarse y desaparece. Saul arroja
un hondo gemido y queda sin sentido.*)

ESCENA IV.

SAUL. ABNER.

Abner. ¡ Saul ! ¡ Saul ! ¡ qué veo ! ¡ escucha ! ¡ alienta !
¡ Mas apenas respira ! Yerta , mustia
está su frente , y un sudor de hielo
todos sus miembros lánguidos inunda.
¡ Misero rey ! ¡ Saul !
Saul. (*Respirando con fuerza , y haciendo esfuerzos
por incorporarse.*)

¡ Ah !! ¿ quién me nombra ?
Abner. La agitacion que la batalla anuncia
¿ no percibes , oh rey ? La muerte impía
ya la pereza de tu espada acusa.
¡ Al campo avanzan enemigas huestes
como las olas de la mar sañuda ,
y la voz de un ejército te llama !

Saul. Mas... ¿ dónde está Samuel ?

Abner. ¿ Qué idea absurda
hora te asalta ? De Samuel no resta
mas que el misero polvo. Que sacuda
tu severa razon vanos terrores.

Saul. (*Señalando el sitio en donde apareció la sombra.*)
¡ Allí le he visto , Abner !

Abner. ¡ Oh desventura
de la triste Sion ! ¡ qué ! ¿ su monarca
en un momento el esplendor deslustra
de tantos años de envidiable gloria ?...

Saul. ¿ Por qué tales recelos ? ¿ Por qué injurias
con ellos mi valor ? bien me conoces ,
y conoces la mano que me abrumba...
¡ Me abrumba , Abner ! ¡ pero jamas me postra !
vuelve la vista : ¡ mira ! ¡ se derrumba
peña tras peña el enriscado monte ,
y de espectros furiosos negra turba

se lanza contra mí! ¡mas no los temo!
 ¡Míralos! mi desprecio los insulta:
 frenéticos me acosan: mas en balde
 quieren domar mi orgullo: ¿ves? sus uñas
 me clavan en el pecho, desgarrando
 vena por vena, sin dejar ninguna...
 ¡Ellos se ceban; pero yo me burlo!

(Suelta una carcajada convulsiva y profunda.)

Abner. ¡Saul! ¡Saul! tu juicio se perturba;
 vuelve en tu acuerdo: tu razon recobra;
 yo por tu gloria ruego; no reduzcas
 a humo la fama de tan luengos años.
 ¡Oye! ¡los ecos del clarín retumban!
 Ya marchan al combate.

Saul. *(Desenvainando la espada.)* ¡No imaginen
 adelantarse á mí! Brilla desnuda
 ya en mi diestra la espada: fué temida
 y sabrá serlo aún: ¡que se reunan
 el cielo y el infierno!... contra todos
 combatiré tenaz. ¡No, no presuman
 que les pida merced!

Abner. Nunca la halle
 en tu pecho real la infame chusma
 que provocarnos osa.

Saul. ¡Mi corona,
 mi manto dame!... insignias tan augustas
 jamas, vivo Saul, han de faltarle,
 ¡y si perece que con él se hundan! *(Vanse.)*

ESCENA V.

ACHIMELECH. MICOL.

(Entra en la escena Achimelech en traje sacerdotal por donde antes David, y mientras dice los últimos versos de su breve monólogo, aparece Micol trepando á la cumbre del peñasco, de donde baja presurosa cuando le habla el pontífice. El traje de Micol es negro, y lleva la cítara en la mano.)

Achim. Este es sin duda de Israel el campo:
 la mano que á este sitio me encamina
 con invisible impulso, hora detiene
 de súbito mi marcha, y aquí fija
 mi fatigada planta. ¿Qué misterio

es este, eterno Dios! ¿Por qué me guias
adonde alienta el bárbaro monarca,
cuyas manos sacrilegas aun tintas
están en nuestra sangre? Tú, que escudo
prestaste á mi cabeza en aquel día
de horrible mortandad, ¿por qué me mandas
presentarme yo mismo á la cuchilla
del verdugo cruel?... ¡Mas te obedezco!
aquí me hallará el sol que la alta cima
á iluminar de Gelboé comienza.

¿Pero es error de la engañosa vista?
¿esa muger que trepa por las rocas
no es la jóven Micol, de Saul hija?
Micol. ¡Oh sol, sublime sol! ¡rey de los astros!
¡foco eterno de luz! ¡fuente de vida!
¡perdona si con lágrimas contemplo
el fulgor sacro de tu llama activa,
que ingrata luce á los cansados ojos
si eterna noche el corazón abriga!

(*Preludia en la cítara un acompañamiento grave y triste.*)

Achim. ¡Cuál me conmueve su doliente aspecto!
Humo ligero que aquilon disipa
fué tu ventura, ¡desolada esposa!
Mas va á cantar: ¡qué tristes melodías!

CANTO DE MICOL. (1)

¿En dónde estás? ¡oh escudo del valiente!
¿En dónde estás? ¡oh electo de la gloria!
¡Devoró el rayo el lauro de tu frente,
y á su hijo desconoce la victoria!

Mil palmas por alfombra
hollabas hoy bizarro:

¿á dó lanzaste de tu triunfo el carro?

¡Se dispó cual sombra!

¡Aguila audaz, que remontando el vuelo
hollaste altiva la desierta cumbre,
y aspirando los hálitos del cielo
del sol bebiste devorante lumbre!

(1) Este canto, que puede ser dirigido por Micol á su esposo errante y perseguido, conviene todavía mas á Saul, que en aquellos momentos sucumbía á la suprema justicia que desafiaba en su soberbia.

- ¿ Por qué cercan tus ojos
 impenetrables brumas?
 ¿ De tus soberbias alas son las plumas
 del huracan despojos!
 ¿ Perdieron ya sus garras los leones ;
 pues huye el fuerte, y su broquel quebranta!
 ¿ A recorrer las pálidas legiones
 el angel de la muerte se adelanta!...
 Baja de cima escueta
 de buitres ráuda nube,
 mas es tardo su vuelo cuando sube...
 ¿ porque se va repleta!
Achim. ¿ Oh ! ¿ qué lúgubre canto, virgen triste !
 ¿ Micol ! ¿ esposa de David ! mitiga
 tu acerbo lloro : el cielo me revela
 que una grave mudanza se aproxima
 en el destino del que adoras.
Micol. ¿ Cielos !
 ¿ La frente ornada de la sacra mitra
 un hombre veo !
Achim. ¿ El último que resta
 de una estirpe infeliz ! ¿ Rama marchita
 de aquel tronco de Aron, á cuya sombra
 tanto creció la gloria israelita,
 es, hija de Saul, el peregrino
 que miras ante ti !
Micol. ¿ No se alucinan
 mis ojos!... ¿ ese rostro venerable !...
 ¿ Achimelech !... ¿ Achimelech ! ¿ bendita
 la suprema bondad ! ¿ vives y vienes
 ministro de perdon, nuncio de dicha ?
Achim. A lo que vengo ignoro : ¿ quién penetra
 los designios de Dios ? mas pronostica
 mi corazon, que tu inocente esposo
 alcanzará por fin alta justicia.
Micol. Acojo tan benéfica esperanza.
 ¿ Pontífice sagrado ! tú le inspiras
 aliento al corazon con tu presencia.
 ¿ Mas cómo aqui te encuentras, en un dia
 en que la sangre regará los campos ?
 Hoy Israel batalla decisiva
 presenta al filisteo, y yace ausente
 David... ¿ David que sostener debía

- la gloria de Sion!
- Achim.* ¡Qué! ¿la batalla hoy se dará?
- Micol.* ¡Y acaso se encarniza en este instante: si; nadie aparece! ¡desierto el campo está!... ¡Todo confirma mis súbitos recelos! Lo aseguro: combaten ya: mi pecho lo adivina.
- Achim.* ¡Dios protege á su pueblo!... confianza ten, hija de Saul: ¿pero no miras venir corriendo con espada en mano á un guerrero?
- Micol.* ¡Es el rey! ¡su encuentro evita!

ESCENA VI.

MICOL. SAUL.

(*Achimelech se retira al fondo del teatro. Saul sale á la escena despavorido; la espada en la mano y la corona en la frente.*)

- Saul.* ¡Siempre me has de seguir, sombra implacable!
- Micol.* Padre, ¡qué dices!
- Saul.* ¡De la saña antigua arde en tu exhausto corazón el fuego, y enciende las inmóviles pupilas de tus nitidos ojos! — ¡Mas adónde me quieres conducir? ¡Por qué esas filas de sangrientos espectros te acompañan, que tendiendo sus manos amarillas y exhalando sus hálitos de muerte, me llaman, me trastornan, me fascinan? Oh, ¡qué vértigo atroz! ¡cual hojas secas, que el viento con su soplo arremolina, peñascos, sacerdotes, batallones, con ráudo movimiento en torno giran!
- Micol.* ¡Vuelve en tí, padre! tu ofuscada mente engendra esas visiones.
- Saul.* (*Sin oírta.*) ¡Mas no brilla en mi diestra la espada?... ¿por qué emprenden los hijos de Sion cobarde huida?... ¡Volved! ¡volved! el grito de la gloria llama á Saul: para abatir la inicua raza del filisteo, armó mi brazo

el ángel de la muerte. ¡Corre, aguija,
caudillo de Israel, á tus legiones!...
¡Suenen el clarín!... ¡al campo!... ¡aprisa, aprisa,
mis valientes!... ¡tened! ¡me cierra el paso
un piélago de sangre sin orillas,
hondo, espumante, inmensurable!...

Micol. ¡Padre!
Saul. ¡Mirando estoy una profunda sima!
¡Es el sepulcro de una estirpe entera!
¡De una ciudad las humeantes ruinas!

ESCENA VII.

LOS MISMOS. ABNER.

Abner. (*Entrando precipitadamente y desarmado.*)
Su voz escucho.

Micol. ¡Abner!

Saul. ¿Dónde me hallo?

Abner. ¡Sálvate, oh rey, de la fatal mancha
de ser esclavo; pues vencidos somos!

Saul. ¡Vencidos!... ¿quién lo dice?...

Abner. Fugitivas

he visto nuestras tropas.

Saul. (*Como saliendo de un sueño.*) ¡Sí! ¡recuerdo!...

¡vencido está Israel!... ¡en vano escita
mi voz á los guerreros!... ¡me abandonan,
y no descubre mi afanosa vista
al enemigo cuya sangre anhelo
ir á beber entre la turba impía!

Abner. Piensa en tu suerte, rey; si aquí te quedas
de vil esclavitud sentencia firmas.

Evitarla tan solo huyendo puedes
y el mismo Dios tu fuga patrocina.

Cuando al campo dejé por encontrarte
y librar del peligro á tu familia,

allá un guerrero intrépido quedaba,
que á las vencidas huestes detenía

y á nueva lid las escitaba. Muchos
de tus guerreros á su voz se animan,

y volviendo la frente al enemigo
por salvar á su rey se sacrifican.

Huye pues sin demora: las cadenas
del vencedor no aguardes.

Saul.

¡Ya cumplida
vas á ver tu amenaza, Samuel fiero!
¡Ven! ¡ya la gloria de tu rey se eclipsa!
¡En dónde os ocultais, sombras airadas,
cuando la obra magnánima termina?
¡Venid corriendo á recoger el lauro
de este triunfo glorioso! ¡La predicha
dominacion de vuestro electo aclame
el idólatra vil que nos humilla!
¡Alce su trono en el sangriento campo
con los despojos que la muerte hacina,
y luminarias á la pompa presten
con fulgor rojo funerarias piras!
¡Oh dia de dolor!

Micol.

Abner.

Veo en tumulto
guerreros que á este sitio se aproximan.
¡Fugitivos serán!

Saul.

Abner.

¡Tal vez ¡oh cielo!
la vencedora gente nos persiga!

Saul.

(Adelantándose por el lado en que se oye el tumulto.)

¡Venga en buen hora, que á encontrarla salgo!
¡Pero qué veo!... ¡Abner! aquella insignia...
aquel casco real... ¡oh! ¡lo conozco!
¡mi mano armó con él su frente indigna!
¡Potencias del abismo! ¡yo os aplaudo!

(Se lanza dentro.)

Micol.

¡Deten su brazo, Abner! (Abner sigue á Saul.)

ESCENA VIII.

ACHIMELECH. MICOL.

Achim.

(Saliendo de donde se habia ocultado.)

Que en mí sus iras
sacie el cruel; mas á impedirle corro
otro crimen mayor.

Micol.

(Mirando dentro.) ¡Ya no lo evitas!
¡Ah! por dos veces su funesta espada
al pecho penetró, y en sangre tinta...

Achim.

¿Mas es David la victima?

Micol.

¡Su casco,
y el furor del verdugo lo atestiguan!

Achim.

¡Qué horror!

Micol. (A Saul, que entra en el instante que ella sale.)
 ¡A ese cadáver enlazados
 vuelve á buscar los restos de tu hija!

ESCENA IX.

AMICHELECH. SAUL. ABNER.

(Se oye rumor de pasos y voces.)

Achim. ¡Qué has hecho, rey! ¿con hórridos delitos
 provocas aun á la eternal justicia?

Saul. (Con alegría feroz y delirante.)
 ¡Ah! ¿me escuchásteis? ¡á cantar victoria
 salís gozosos de la tumba fria!...
 mas burlada encontráis vuestra esperanza
 y en deshonor la prediccion maligna.
 ¡El allí muere de mi espada al golpe,
 y ella, ¡miradla! en mi cabeza brilla!

(Señalando primero hácia donde acaba de inmolar al que
 cree David, y luego la corona que adorna su frente.)

Achim. No impune quedarás, ¡rey reprobado!
 que el cielo sabe por ignotas vias
 sus designios cumplir.

Saul. Su fuerza ostente
 al idólatra alzando en las ruinas
 de su escogido pueblo; mas su presa
 no arrancará al sepulcro.

(Crece el rumor: al acabar de hablar Saul suena el cla-
 rin, y poco despues aparece David seguido de guerre-
 ros de Israel, por el mismo lado á que antes se lanzó
 Saul, pero á alguna distancia de dicho sitio.)

¡Llega aprisa,
 vil raza filistea! ¡Aqui te aguardo,
 y á enorme precio venderé mi vida!

Abner. ¡Enemigos no son los que aqui llegan!...

¡No hay duda, de Israel es la divisa!

Saul y Achim. ¡De Israel!

Abner. ¡De Israel!... ¡pero qué veo!

ESCENA X.

LOS MISMOS. DAVID con espada en mano, seguido de guer-
 reros. Despues MICOL.

David. ¡Victoria por Sion!

- Achim.* ¡Bondad divina!
- Abner.* ¡David!!
- Saul.* ¡David!
- David.* ¡David!... ¿no estoy soñando?...
Dios volvió por su pueblo. ¡Que bendita
su omnipotencia sea!
- Saul.* ¡Oh! ¿quién ha sido
la víctima infeliz?... mi espada impía,
¿qué sangre derramó?...
- Micol.* (*Presentándose por el lado que salió de la es-
cena.*) ¡Padre infelice!
¡has muerto á Jonathás!...
- Saul.* ¡Ah!!
- Achim.* ¡Parricida!
¡contra el poder de Dios te revelaste
y el poder infernal ahora te abisma!
- Saul.* ¡Que el cielo y el abismo juntamente
vengan á disputarse mis cenizas!
El formidable brazo que me postra
deshecho me hallará, ¡no de rodillas! (*Se hiere.*)
- Micol.* (*Corriendo á él.*)
¡Padre!
- David.* ¡Saul! ¿qué has hecho?
- Abner.* (*Sosteniendo á Saul.*) ¡Desdichado!
- Saul.* (*Con voz espirante.*)
¡Jonathás! Jonathás!...
- David.* Por ti suplica
ante el trono de Dios.
- Saul.* (*Haciendo un último esfuerzo arranca la co-
rona de su frente.*) Toma la herencia
que anhela tu ambicion: cuando la ciñas
á tu frente ¡oh David! seré vengado,
¡que en ella va la maldicion escrita!
(*Arroja Saul su corona y muere.*)
- Achim.* (*Levantando la corona y poniéndola en la fren-
te de David.*)
Ella, Israel, perpetuo patrimonio
será de sacrosanta dinastía;
¡que el reinado que aquí comenzar vemos
otro reinado eterno simboliza!

FIN DE LA TRAGEDIA.

